

DE JUSTO SIERRA A VASCONCELOS. LA UNIVERSIDAD NACIONAL DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

JAVIER GARCADIIEGO DANTAN
El Colegio de México

FALSOS MOTIVOS

DON EDMUNDO O'GORMAN APENAS escribió sobre asuntos de historia moderna y contemporánea de México. Sus temas fueron otros: historia e historiografía coloniales y del siglo XIX, y eso llamado "filosofía de la historia". Sobre los tiempos más recientes escribió una breve reflexión acerca de la historiografía de la revolución mexicana,¹ unas provocadoras páginas dentro de un notable ensayo reciente (*México, el trauma de su historia*), y un breve estudio sobre el papel de Justo Sierra en la fundación de la Universidad Nacional de México. Las motivaciones que lo llevaron a escribir este último ensayo son obvias: por un lado, su admiración por Sierra; por el otro, su amor a la institución.² La fecha en que fue publicado permite adivinar la de redacción: a finales del decenio de los cuarenta, lo que da a su tesis una edad mediosecular.³

¹ Publicado originalmente en el tomo dedicado a la cultura, de la conocida obra conmemorativa *México, cincuenta años de revolución*, y reeditado en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, 1960, pp. 203-220.

² Si *La invención de América*, 1958, está dedicada a la UNAM "con gratitud y amor", *México, el trauma de su historia*, 1977, se lo vuelve a dedicar "con filial gratitud", llamándola "madre pía".

³ Por esos años O'Gorman trabajó sobre la obra de Sierra, como lo prueban las anotaciones a la *Historia de la Antigüedad* y a la *Evolución polí-*

¿En qué consiste la tesis de O’Gorman sobre los orígenes de la Universidad Nacional? ¿En qué circunstancias históricas surgió ésta, a juicio de don Edmundo? ¿Cuáles fueron las causas, cuáles sus objetivos? El célebre y polémico historiador no deja lugar a dudas: más que de una fundación, se trató de la “recreación” de una institución; además, asegura que tal “fue obra” de Sierra, de cuyas manos “salió” la Universidad Nacional en 1910, transformando la “ausencia” en “presencia”. Dicha “ausencia” había sido poco prolongada, y motivada por intereses políticos. Durante el siglo XIX los gobiernos liberales consideraron una “obligada muestra” de sus convicciones suprimir la Universidad, heredera de la Nacional y Pontificia, como para los conservadores reinstalarla era signo de lealtad a sus principios. Por ello O’Gorman la llamó “ave fénix” cuyo milagro polingenésico fue repetido en un par de “muertes y resurrecciones”, aunque lo cierto es que la primera desaparición fue efímera —con Valentín Gómez Farías en 1833— y la segunda fue prolongada, con pretensiones de ser una decisión definitiva a partir del triunfo de la República restaurada, en 1867.

El cumplimiento de esa costumbre política fue roto por el paradójico emperador Maximiliano, liberal “encaramado en un trono conservador”, cuyas ideas sobre la instrucción pública son un claro antecedente de las que luego sostendrían “los liberales del porfirismo”.⁴ Su propuesta era “de buena fe”, pero implicaba un pecado político. Lo mismo podría decirse de Justo Sierra, quien condenó a sus antecesores los liberales, en concreto a Gómez Farías y a José María Luis Mora, pues con la supresión de la universidad en 1833 intentaron “mejorar destruyendo en lugar de transformar mejorando”. Lo que les reclamó Sierra es

tica del pueblo mexicano, t.x y xii de las *Obras Completas*, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1948.

⁴ O’Gorman sostiene que las ideas educativas de Maximiliano no sólo eran liberales y progresistas, sino también semejantes a las sostenidas por el positivismo, tanto por el papel que asignó a las ciencias como por el que dio a la filosofía y a la metafísica, a la cual proscribía.

que no hubiesen creado, para sustituir a la vetusta institución colonial, una universidad “nacional y eminentemente laica”. Su crítica a los liberales mexicanos por identificar a toda universidad con la reacción es contundente: le parece una medida “apenas pensada”.⁵

El mayor esfuerzo en la vida de Sierra fue, precisamente, revertir tal postura; así, se afanó obsesivamente en crear una universidad de ese tipo, pues era la institución que mejor encabezaba “los esfuerzos colectivos de la sociedad moderna para emanciparse integralmente del espíritu viejo”.⁶ Al margen de numerosas diferencias sustanciales con los liberales, los positivistas, que dominaron el sistema nacional de instrucción pública superior desde 1867, también eran contrarios al establecimiento de una universidad, tanto por conveniencias políticas como por principios doctrinales. Esto hace más admirable el esfuerzo de don Justo, pues era un miembro destacado —canonizado, dice O’Gorman— del grupo de positivistas mexicanos.⁷ Su lucha no fue sólo pedagógica sino también política. Si bien no se puede coincidir con O’Gorman respecto al carácter de Sierra como jerarca del positivismo mexicano, pues siempre fue cuestionado por los más ortodoxos como un pensador ecléctico, falto de disciplina,⁸ es de compartirse la admiración que profesa a don Justo, pues su lucha por la fundación de la Universidad Nacional implicó serios distanciamientos de sus principales compañeros políticos e intelectuales, ya fueran liberales o positivistas.

Es indiscutible que la época “de oro” del positivismo fue la República restaurada, en tanto que entre 1877-1880 sur-

⁵ SIERRA, 1948, p. 207.

⁶ SIERRA, 1948.

⁷ Para conocer los aspectos biográficos de Sierra véase la obra de DUMAS, 1986.

⁸ Según Agustín Aragón, último apóstol del positivismo mexicano, Sierra era “un metafísico que quiere a ratos seguir los senderos de la ciencia y a ratos sonríe a la teología”, por lo que lo califica de “falso positivista que ignora las doctrinas positivistas”, véase HERNÁNDEZ LUNA, 1967, pp. 368-381. Comprensiblemente, intelectuales católicos como Trinidad Sánchez Santos lo tachaban de pensador gubernamental y positivista. Véase *El País* (19 y 21 mayo 1910).

gieron algunas críticas importantes que buscaban sacrificar la directriz teórica general en aras de estudios especializados y prácticos; en tanto que se dio la polémica en torno al libro de lógica que debía usarse en la preparatoria —el del positivista Bain o el del krausista Tiberghien—, y dado que el ministro Ezequiel Montes propuso una nueva ley de instrucción pública, abiertamente antipositivista.⁹ Ante la presión de la opinión pública, mayoritariamente católica, el gobierno prefirió disminuir el dominio positivista en las educaciones media y superior del país. Incluso en la Cámara de Diputados se propuso la supresión de la Escuela Nacional Preparatoria, alegándose que cinco años eran demasiados para brindar a los jóvenes una enseñanza general, cuando lo que se requería era una rápida especialización. Es un hecho que el positivismo pasó momentos de apuro, pues don Porfirio buscaba con denuedo la estabilidad política, alcanzable con consensos ideológicos, pero no con polémicas doctrinarias.

Según Edmundo O’Gorman, el joven diputado Sierra presentó intempestiva y sorpresivamente su proyecto de creación de una universidad, a principios de 1881¹⁰ buscando neutralizar el impacto de tales propuestas antipositivistas. En su proyecto Sierra proponía una universidad positivista y vinculada con el gobierno aunque con independencia académica; el objetivo era doble: preservar al positivismo en una institución importante, por si acaso prosperaban los ataques contra la preparatoria, y conservar la confianza y simpatía de la mayoría de las autoridades. La demanda de independencia académica era clave, pues protegía al positivismo de ataques de los políticos y funcionarios en turno. Así, en resumen, para O’Gorman el proyecto universitario de Sierra de 1881 buscaba “la salvación del positivismo mexicano”.

⁹ El mejor y más reciente estudio sobre el tema es el de HALE, 1991. Obviamente, también debe consultarse el libro ya clásico de ZEA, 1968.

¹⁰ En febrero lo publicó en su periódico, *La Libertad*, para que fuera conocido por la opinión pública, y lo presentó oficialmente en la Cámara de Diputados (7 abr.). Las críticas al proyecto de Sierra, hechas por Luis E. Ruiz y Enrique M. de los Ríos, en HERNÁNDEZ LUNA, 1948, pp. 139-151.

La tesis de O’Gorman, casi 50 años después de haber sido formulada, muestra ya algunas fisuras. Por un lado, dado que eran entonces numerosos los diputados positivistas, es de preguntarse ¿por qué no tuvo mejor destino tal proyecto? En rigor, el proyecto de Sierra de 1881 no podía ser apoyado por los diputados positivistas, y tampoco por los más claramente liberales, pues ambos eran enemigos de la reapertura de la universidad. Esto es, los diputados positivistas no estaban de acuerdo en que para defender al positivismo se requería fundar una universidad. Además, el sistema educativo adolecía todavía de graves deficiencias y carencias en los niveles previos, por lo que la creación de tal institución resultaba superflua e inútil. Por último, era erróneo políticamente, pues aquellos eran tiempos de reconciliación y no hubiera sido oportuno reactivar explosivos y añejos conflictos ideológicos. El mismo O’Gorman reconocía lo riesgoso que era atribuirle a Sierra en 1881 tales objetivos, pues finalmente no era todavía sino un diputado de poco más de 30 años en busca de redefinir sus alianzas políticas. Por ello sostiene también que esa primera propuesta para recrear la universidad nacional fue una “ocurrencia... peregrina”, pues “ni la doctrina a la moda, ni los intereses políticos dominantes parecían exigir esa novedad”. Así lo haya dicho O’Gorman, no es creíble que Sierra fuera un hombre de “ocurrencias peregrinas”. Entre esto e intentar salvar al positivismo, media un abismo.

Uno de los objetivos de O’Gorman fue comparar y distinguir los proyectos de 1881 y 1910, a partir de la respectiva postura filosófica y pedagógica de Sierra, para explicar así la fundación universitaria de 1910. Sin embargo, lo cierto es que no comparó los cambios en la situación de don Justo ni las diferentes circunstancias nacionales de 1881 y 1910, que es donde radica la posible explicación de dicha fundación. Claro está que los proyectos son distintos, pues los separan 30 años: si al principio Sierra era un “doctrinario de hueso colorado”, a pesar de sus innatas preocupaciones metafísicas y religiosas, a partir de 1895 se distanció del “círculo encantado del dogma positivista”. No era sólo el abandono de un credo filosófico determinado, sino que Sierra llegó a sostener que a principios del siglo XX el mundo se había “transformado

en otro mundo”, quedando todo en duda, cuestionado, negado, incluidas, obviamente, las doctrinas positivistas.

Al margen de los cambios experimentados por Sierra, la creación de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, dependió de la nueva situación nacional en materia educativa. A diferencia de 1881, ahora ya se podía coronar un sistema que había hecho grandes progresos durante esos 30 años.¹¹ Sin embargo, según O’Gorman, si en 1881 Sierra había buscado salvar al positivismo, en 1910 pretendió “abrir posibilidades frescas para tratar de comprender lo humano”, corrigiendo, expresa y definitivamente, “la ruta trazada por el positivismo”. Sin embargo, si lo que Sierra buscaba en 1910 era superar al positivismo, como asegura don Edmundo, la fundación de la Universidad Nacional sería el resultado de la apostasía filosófica de un ministro. Vista así, su creación sería, simplemente, una respuesta institucional al desgarramiento intelectual sufrido por Justo Sierra. A casi 50 años de distancia la tesis de O’Gorman sigue siendo respaldada por un número considerable de alumnos y simpatizantes.¹² La primera hipótesis alternativa surgió no hace mucho, cuando se afirmó que dicha fundación había buscado modernizar la educación superior del país, con vías a agilizar su desarrollo económico.¹³ Con todo, lo cierto es que el proyecto de Sierra de 1910 excluye abierta y claramente el estudio de carreras industriales, como las ciencias químicas, así como las de naturaleza administrativa. En palabras de Sierra, la Universidad Nacional no podría dedicarse a estudios “concretos y utilitarios”, como tampoco a “industriales”.

ORÍGENES POLÍTICOS

Dado que no parece verosímil la conjetura de que en el fondo Sierra buscaba superar al positivismo, y dado que

¹¹ El más reciente estudio sobre el tema es el de BAZANT, 1993.

¹² Véase VILLEGAS, 1984, pp. 76-106.

¹³ GARCÍA VERÁSTEGUI, 1984.

tampoco es aceptable la hipótesis de la fundación de la universidad como herramienta para aumentar el desarrollo económico nacional, ¿cuál fue el verdadero motivo de su fundación? Si O’Gorman acepta que las muertes y resurrecciones de la institución a lo largo del siglo XIX tuvieron razones políticas, y si acepta que lo mismo sucedió al intento de 1881, ¿por qué no aceptar que las motivaciones de 1910 fueron asimismo políticas? Para empezar, Sierra era entonces mucho más poderoso que en 1881, como exitoso secretario de Instrucción Pública y miembro del influyente grupo de los “científicos”. Además, hoy parece claro que dicha fundación obedecía más a la coyuntura político-diplomática que a demandas académicas o a necesidades socioeconómicas, pues el objetivo de don Porfirio era darle realce y solemnidad a los festejos por el centenario de la independencia, y demostrar que México era un país civilizado, de orden y progreso.

Los objetivos político-diplomáticos se confirman al constatar que Sierra y sus colaboradores dedicaron más tiempo y esfuerzos a los preparativos protocolarios que a la elaboración del proyecto mismo. Fueron muchas las universidades extranjeras invitadas a ser testigos del acontecimiento, aunque por razones económico-geográficas las instituciones estadounidenses tuvieron más facilidades para enviar representantes.¹⁴ Los fines políticos se ratifican por el otorgamiento, durante la ceremonia inaugural, de varios doctorados *honoris causa* a grandes estadistas y filántropos internacionales y nacionales. La cuidadosa selección por nacionalidad o postura política indica que el objetivo era la conciliación de ideologías y no el ajuste de cuentas con determinada corriente filosófica, así como complacer a las potencias internacionales y a los principales grupos políticos e intelectuales nacionales, ya fueran positivistas, liberales o católicos.¹⁵

¹⁴ AHUNAM, *UN, R*, c. 2, exp. 33. Las universidades de París, Salamanca y Berkeley fueron, por distintas razones, distinguidas como “madrinas” de la institución reciente.

¹⁵ Una lista preliminar de premiados fue elaborada por Ezequiel A. Chávez e incluía a casi 30 científicos, dos escritores, un educador y un ex-

Al margen de que los objetivos político-diplomáticos se hayan logrado y de que la ceremonia de fundación de la Universidad Nacional haya tenido “severa grandeza”, tanto por lo selecto de la concurrencia como por el discurso de Sierra,¹⁶ no debe sobreestimarse el peso y tamaño de la institución creada: más que una universidad, lo que en verdad se creó fue tan sólo una pequeña oficina rectoril para que dirigiera, de manera limitada pues no sería autónoma, las escuelas profesionales existentes —Ingenieros, Jurisprudencia, Medicina y Bellas Artes (sección Arquitectura) así como la preparatoria y la novedosa Escuela de Altos Estudios. O’Gorman sobreestimó no sólo la dimensión real de la institución fundada, sino también el papel del propio Sierra. Hoy resulta evidente que el proyecto universitario de 1910 fue obra, básicamente, del subsecretario don Ezequiel Chávez, a quien ni siquiera menciona don Edmundo. En efecto, Chávez fue enviado —por Sierra— varias veces a Estados Unidos para que estudiara el funcionamiento de varias universidades, se le responsabilizó de redactar la primera versión de su ley orgánica, y fue sin duda el diseñador de la Escuela de Altos Estudios, dependencia indispensable para la instalación de la Universidad Nacional en 1910.¹⁷

Respecto a la sobreestimación en que O’Gorman incurrió en relación con la institución fundada, es preciso dis-

presidente estadounidense, así como a tres mexicanos. En la selección definitiva, rehecha seguramente por Sierra con instrucciones del propio don Porfirio, se redujo el número de científicos a tres, se agregó el español Rafael Altamira —más por su labor hispanoamericanista que por su obra de jurista o historiador—, el monarca italiano Víctor Manuel III y el filantrópico industrial estadounidense Andrew Carnegie, y se conservó la distinción Theodore Roosevelt a los mexicanos José Ives Limantour, hacendista y jefe del grupo “científico”, Gabriel Mancera, empresario modernizante y filantrópico, y Agustín Rivera, sacerdote católico provinciano muy conocido por sus posturas liberales y por sus capacidades como intelecto (polígrafo y orador sagrado). Véase AHUNAM, *UN, R*, c. 2, exp. 27, ff. 485-490, 493-494 y 514-515 y exp. 28, ff. 516-517.

¹⁶ AHUNAM, *UN, R*, exp. 22, ff. 445-447 y exp. 32, f. 570. *El Imparcial* (22 y 23 sep. 1910); *El País* (23 sep. 1910); SIERRA, 1948, v, pp. 447-462, y GARCÍA, 1911, p. 203.

¹⁷ CHÁVEZ, 1964; HERNÁNDEZ LUNA, 1981, y MARIA Y CAMPOS, 1975, pp. 66-74 (apéndice 5).

tinguir lo realmente creado de sus secuelas de mediano y largo plazos. En 1910 no se erigieron nuevas instalaciones; las escuelas profesionales conservaron sus planes y programas y sus mismas autoridades; asimismo, la decisión de 1910 no implicó la sustitución de los viejos docentes por los miembros de una nueva generación, ni tampoco la adopción de nuevas posturas y procedimientos pedagógicos. Obviamente, ni se conformó un cuerpo profesoral de tiempo completo, ni aumentó la población estudiantil. Esto es, la fundación de la Universidad Nacional en septiembre de 1910 no trajo ni crecimiento ni mejoramiento de las escuelas profesionales; cuando más, aumentó su integración administrativa y política. Con todo, a pesar de haber sido una decisión limitada pero lucidora, fue de enormes consecuencias a mediano y largo plazos. Se gestó un embrión.

La idea fundamental de O'Gorman era que la fundación de la Universidad Nacional fue un severo golpe al positivismo, credo filosófico ya en crisis y del que Sierra se había alejado hacía más de diez años. Si el objetivo era sólo darle cobijo a la filosofía, hubiera sido suficiente, y más fácil para el célebre ministro porfiriano, la creación de una escuela como la de Altos Estudios. Sin embargo, ello no hubiera sido lustroso, lo que confirma que el móvil fue más político que académico. Sobre todo, una revisión cuidadosa de la situación real de la Universidad Nacional al momento de su creación desmiente la hipótesis del supuesto ataque al positivismo. No sólo las escuelas profesionales conservaron inalterados sus planes y programas de estudio, esencialmente positivistas, sino que como directores de las secciones fundamentales —la preparatoria y altos estudios— fueron designados dos destacados positivistas ortodoxos, Manuel Flores y Porfirio Parra. Si bien es cierto que el primer rector, Joaquín Eguía Lis, era un ferviente católico, y el primer secretario, Antonio Caso, era el mejor representante de las nuevas corrientes filosóficas, claramente espiritualistas, ello prueba el carácter conciliador de Sierra.¹⁸ Más que una actitud de enterramiento intelectual

¹⁸ ALVARADO, 1988, pp. 183-199 y DÍAZ ZERMEÑO, 1986. Para Eguía Lis véa-

abiertamente antipositivista, en 1910 prevaleció un espíritu fundacional y conciliador.¹⁹

ALTERNATIVA JUVENIL

Aunque don Edmundo no se propuso analizarla, lo cierto es que resulta importante estudiar la respuesta de la comunidad universitaria a la generosa decisión de Sierra. Finalmente, los verdaderos constructores de la institución fueron los miembros de su comunidad. El mismo mes de septiembre de 1910, los estudiantes organizaron su primer congreso nacional.²⁰ Mientras que don Porfirio y sus colaboradores creyeron que los jóvenes deseaban participar en los festejos del centenario o ser incorporados al aparato gubernamental, en verdad éstos resolvieron demostrar que merecían tener una mayor participación en su educación.

Lo importante es que las propuestas de los estudiantes respecto a la educación superior diferían notablemente del proyecto de Sierra y Chávez. Para comenzar, la convocatoria no se reducía a las escuelas universitarias sino que incluía también a instituciones menospreciadas por Sierra y Chávez, como las escuelas de Agricultura, Comercio, Dental, Homeopática y, sobre todo, la Normal.²¹ Por lo tanto, su proyecto no era decimonónico, como el de Sierra y Chávez, que sólo contemplaba las carreras tradicionales y vetaba estudios prácticos o de rango no universitario, aunque por otro lado, hacía de la Escuela Nacional Preparatoria una dependencia vital en su proyecto. Más aún, los delegados estudiantiles solicitaron la creación de instituciones dedicadas a las enseñanzas agrícola e industrial, así

se AHUNAM, *T*. Para los primeros años de Caso consúltese el primer capítulo de la obra de CARDIEL REYES, 1986.

¹⁹ GARCADIIEGO, 1996.

²⁰ VELÁZQUEZ, 1994.

²¹ Además de la prensa de aquellos días, consúltese en el AGN, *IP* y *BA*, c. 318.

como la de escuelas profesionales “libres” y provincianas. Los proyectos no podían ser más disímbolos.

Asimismo, luego de varios días de discursos y discusiones, los jóvenes acordaron solicitar la supresión de los castigos, la entrega de premios útiles, la adopción de un sistema combinado de exámenes y reconocimientos —que debían ser teórico-prácticos— y que se buscara una forma para mejorar la calidad del profesorado. Además, pidieron tener mayor participación en el gobierno de las instituciones educativas, lo que iba contra lo que se concedía en la legislación de la nueva universidad. Así, el proyecto emanado del Primer Congreso Nacional de Estudiantes debe ser visto como prueba irrefutable de que el de Sierra y Chávez, por encomiable que fuera, resultaba centralista, restrictivo y estrecho, dejaba insatisfechas las demandas de la mayor parte de los jóvenes del país, y no respondía a los requerimientos socioeconómicos nacionales. En resumen, la postura de aquellos jóvenes mostraba que el proyecto de Sierra y Chávez nacía obsoleto, reflejando el agotamiento y la decrepitud de todo el sistema porfiriano.

Al margen de su naturaleza educativa, la reunión se convirtió en un foro político de clara oposición al porfirismo. Esta actitud resulta comprensible si se considera la radicalización reciente de la clase media debido al movimiento reyista, a la campaña antirreeleccionista, al fraude electoral y al encarcelamiento de Madero.²² De hecho, algunos delegados tenían ya una militancia opositora previa: el poblano Alfonso Cabrera, creador de la idea y estudiante de medicina, era hermano del conocido reyista Luis Cabrera y sobrino de Daniel Cabrera, director de *El Hijo del Ahuizote*, del que Alfonso llegó a ser administrador, lo que le valió más de un encarcelamiento;²³ otros ejemplares

²² Hay quienes opinan que en la radicalización política de los jóvenes también influyó la grosera actitud que el gobierno porfirista tuvo con el poeta nicaragüense Rubén Darío. Mientras que las autoridades adujeron que Darío carecía de las debidas credenciales como representante oficial de su país a los festejos del centenario, los opositores alegaron que la postura gubernamental buscaba complacer al gobierno de Washington, contrario a Darío por su yancofobia.

²³ AHUNAM, A, exp. 30383. *Diccionario*, 1990, v, pp. 588-589.

podrían ser Alfonso G. Alarcón, hijo de un político guerrerense que sufrió el encono de Díaz, y Luis Sánchez Pontón, antirreeleccionista poblano.²⁴ Lo que resulta indudable es que el opositorismo del congreso inició o aumentó la politización de numerosos delegados, algunos de los cuales destacarían en las contiendas políticas de los años siguientes, como Jesús Acuña, Francisco Castillo Nájera, Luis L. León, Aurelio Manrique, Aarón Sáenz y Basilio Vadillo. Un par de meses después, a principios de noviembre, los estudiantes universitarios capitalinos radicalizaron su postura política por razones nacionalistas, pues organizaron unas violentas expresiones yancóforas en repudio del linchamiento de un mexicano en Texas. Sin embargo, sus críticas incluyeron al periódico porfirista *El Imparcial*, y por ende al régimen de Díaz, acusándolo de carecer de nacionalismo.²⁵ Con todo, los desórdenes sólo se prolongaron un par de días. Además, no hubo continuidad entre el opositorismo de septiembre y noviembre y el estallido de la lucha maderista. Esto es, la mayoría de los estudiantes universitarios capitalinos no suscribió la rebelión contra Porfirio Díaz. Deseaban ciertos cambios, pero ni radicales ni violentos.

Las explicaciones más verosímiles podrían ser el origen socioeconómico de los estudiantes y los beneficios otorgados al sector universitario por Díaz y Sierra. Si se considera que hacia 1910 la población total de estudiantes universitarios no llegaba a 1 000 jóvenes,²⁶ se tendrá que aceptar que la mayoría pertenecía a las clases alta y media-alta, y que incluso muchos estaban relacionados con las principales autoridades y funcionarios del régimen, lo que hacía que tales jóvenes fueran porfiristas devotos. Además, el gobierno de Díaz había privilegiado el fomento a la educación superior, tanto en términos institucionales —con-

²⁴ *Diccionario*, 1990, t. III, pp. 410-411; t. V, pp. 656-657, y HUERTA JARAMILLO, 1992.

²⁵ Arnold Shankin, cónsul de Estados Unidos en la ciudad de México, al secretario de Estado (9 nov. 1910), en RDS 812.00/385; *The Mexican Herald* (10 nov. 1910), y *El País* (11 nov. 1910).

²⁶ Jurisprudencia tenía 229, medicina 443, ingeniería 232, y la sección de arquitectura de bellas artes tenía 31.

sidérese la creación de la Secretaría de Instrucción Pública en 1905 y la de la Universidad Nacional en 1910— como de rango personal —becas y apoyos. Por último, la paz y el progreso económico alcanzados durante el periodo fueron factores especialmente apreciados por el sector profesional. Su actitud, en todo caso, coincide con la de la clase media urbana en general, refractaria en alto grado a la lucha revolucionaria.

Sordos al llamado de Madero para finales de noviembre de 1910, sólo puede apreciarse cierta participación estudiantil en el complot de Tacubaya, de marzo de 1911, como lo demuestra la presencia de jóvenes como José Domingo Ramírez Garrido, José Siurob y León Gual, de Medicina, o Rafael Cal y Mayor, de Jurisprudencia.²⁷ Sin embargo, lo revelador es que hacia marzo la situación de Díaz ya era grave, a pesar de lo cual la mayoría del estudiantado seguía apoyándolo. Otra excepción sería el conflicto en la escuela de Agricultura, que de académico evolucionó a político: de la renuncia del director los alumnos pasaron a pedir la dimisión de don Porfirio.²⁸ Con todo, más que ésta o cualquier otra excepción, como el caso de Enrique Estrada, estudiante de Ingenieros que se incorporó a la lucha,²⁹ el porfirismo de los estudiantes se reflejó en sus homenajes al Ejército Federal, Olegario Molina y Limantour, y en haber tenido como principal ocupación gremial durante las semanas de la lucha un concurso de poesía y la inauguración de su Casino del Estudiante.³⁰

²⁷ Ramírez Garrido era maderista desde la época del Club Central Antirreleccionista, de mediados de 1909, y había participado en los disturbios antiyanquis de noviembre. Véase RAMÍREZ GARRIDO, 1943, pp. 109-119. Siurob también había participado en las manifestaciones antiyanquis.

²⁸ Entre los cabecillas del movimiento destacan los nombres de Luis L. León, Juan de Dios Bojórquez y Marte R. Gómez, todos, posteriormente, participantes en la lucha revolucionaria.

²⁹ Estrada era hermano menor de Roque, uno de los principales colaboradores de Madero. La presión gubernamental lo hizo abandonar sus estudios e incorporarse a la lucha. Véase AHUNAM, A, exp. 30850; *Diccionario*, 1990, t. VIII, pp. 86-88.

³⁰ *El Correo Español* (17 nov. 1910; 25 ene.; 4, 11, 12 y 23 feb.; 17 y 21 mar., y 1º abr. 1911) y *El Imparcial* (14 dic. 1910).

Ilustrativamente, luego de que don Porfirio renunciara a la presidencia de la nación numerosos estudiantes organizaron una manifestación para felicitarlo por su espíritu de sacrificio y pedirle que permaneciera en el país, donde le prometían que sería adecuadamente honrado.³¹ No cabe la menor duda que aquellos jóvenes podían organizar un congreso con propuestas educativas alternativas, o provocar disturbios de carácter nacionalista. Sin embargo, no deseaban el fin del sistema de su época, lo que explica que un gran número haya simpatizado con el moderado movimiento reyista, pero sólo unos cuantos con la corriente revolucionaria. Los universitarios no sólo no apoyaron la lucha maderista sino que la menospreciaron. Actuaban como si nada hubiera sucedido en el país entre finales de 1910 y mediados de 1911; como si Sierra hubiera de estar siempre para protegerla; como si no pudiera ser víctima de revanchismos, al ser considerada una institución porfirriana. Nunca se imaginaron que los cambios sobrevendrían de manera forzada, e impedirían que Sierra dejara como sucesor a su principal colaborador, Ezequiel Chávez,³² responsable del proyecto fundacional de la Universidad Nacional, lo que garantizaba una enorme dosis de continuidad.

REVANCHISMOS POLÍTICO Y PEDAGÓGICO

El sucesor fue Jorge Vera Estañol, quien estuvo en el cargo apenas dos meses, por lo que no llegó a tener entonces influencia en la vida universitaria. Además, Vera era un distinguido profesor de Jurisprudencia, lo que impedía cualquier tipo de ataque a la institución. Las tribulaciones de ésta comenzaron después, durante el gobierno transicional de Francisco León de la Barra, pues como secretario de Instrucción Pública quedó Francisco Vázquez Gómez.³³ Además de ser médico —oficiaba de oftalmólogo— y caudillo

³¹ RDS, 832.00/1943, 2170, 2037 y 2048 y *El Diario* (24 mayo 1911).

³² SIERRA, 1948.

³³ AGN, *IP y BA*, c. 278, exp. 1 (59) f. 8 y *BIP*, xvii, p. 116.

revolucionario, Vázquez Gómez estaba bien enterado de los principales problemas de que adolecía la educación superior del país y era un furibundo reyista, enemigo por tanto de los “científicos”. Por lo mismo, resulta comprensible que desde un principio se haya volcado a combatir el dominio de éstos en la Universidad Nacional, ordenando inmediatamente que se introdujeran cambios en los planes de estudio y programas de cada escuela.³⁴ Su interferencia, legal pero desusual por descortés, provocó diversas respuestas de los universitarios: la más grave fue la renuncia de su segunda autoridad, Antonio Caso.³⁵

Obviamente, Vázquez Gómez aprovechó el puesto para remover a varios positivistas de los cargos directivos: el doctor Manuel Flores tuvo que dejar la dirección de la preparatoria,³⁶ asimismo, dado que en la Escuela de Jurisprudencia el hombre de mayor influencia era Vera Estañol desde la salida del director porfirista Pablo Macedo, el ex-reyista Vázquez Gómez se lanzó contra Vera con el objeto de ganar para su grupo el control de esa escuela.³⁷ Sólo así se explica la llegada a ésta de Luis Cabrera, también exreyista y contumaz enemigo de los “científicos”.³⁸ Aunque Vázquez Gómez sólo permaneció cinco meses en el ministerio, provocó que se ahondara la animadversión entre la Universidad Nacional y el proceso revolucionario. Su error fue que intentó acabar con la hegemonía de los “científicos” y del positivismo, cuando por su parte él carecía de la suficiente fuerza política. Tenía planes destructivos, pero no un proyecto alternativo.

³⁴ Francisco Vázquez Gómez a Joaquín Eguía Lis, rector de la Universidad Nacional (9 jun. 1911), en AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 57, ff. 9 y 12.

³⁵ La renuncia se reducía al puesto de secretario, pero no afectaba su carácter docente. Véase AHUNAM, *UN, R*, exp. 63, ff. 145-146 y *El Imparcial* (1º jul. 1911).

³⁶ AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1462.

³⁷ FP, exp. 20736. AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1470; AGN, *IP y BA*, c. 284, exp. 13 (4) f. 59, y *El Imparcial* (3, 25 y 28 jun. 1911).

³⁸ La mejor estudiosa de Luis Cabrera es Eugenia Meyer. Véase su estudio introductorio a la edición de las *Obras Completas de Luis Cabrera*, MEYER, 1974.

¿Cuál fue la conducta de la Universidad Nacional a la llegada de Madero a la silla presidencial? Según el rector Eguía Lis, los meses de Vázquez Gómez fueron anormales, y la marcha de la institución durante 1912 fue satisfactoria.³⁹ Sin embargo, en rigor no todos sus problemas se debieron a los afanes y malos modales de Vázquez Gómez, pues muchos provenían de las limitaciones del proyecto de Sierra y de las condiciones reales de las escuelas. Altos Estudios sufriría por su prematura fundación y su abigarrado proyecto,⁴⁰ mientras Medicina lo haría por sus carencias materiales, su sobrepoblación juvenil y su mayor indisciplina estudiantil. Obviamente, la política tuvo efectos directos e inmediatos en la marcha de las escuelas, pero no se puede reducir ello al encono “anticientífico” de Vázquez Gómez. Jurisprudencia sufrió una gran inestabilidad y un notorio empobrecimiento docente porque numerosos funcionarios y profesores llenaron las plazas políticas y burocráticas vacantes por los tres cambios de gobierno nacional acaecidos en 1911 y por la inestabilidad ministerial del gobierno de Madero a lo largo de 1912. Sin embargo, la mayor merma docente registrada en Jurisprudencia ese año se debió a que se creó una institución secesionista: la Escuela Libre de Derecho.⁴¹ Con todo, los problemas de estas escuelas no pueden generalizarse a las otras: la de Ingenieros y la Preparatoria laboraron aceptablemente, porque los cambios directivos en esta última resultaron aceptables y porque en la primera no los hubo.

Indudablemente, los mayores problemas de la Universidad Nacional durante sus primeros años no se debieron a las graves transformaciones políticas de entonces, sino a la naturaleza abigarrada, anacrónica y contradictoria de su proyecto fundacional. Para comenzar, la educación que se ofrecía era demasiado amplia, pues comprendía desde estudios preparatorianos hasta de especialización. Hubo

³⁹ Informe de Labores del Rector (sep. 1910-sep. 1912), *BIP*, xxi, p. 288.

⁴⁰ Véanse RUIZ GAYTÁN, 1954 y DOCOING, 1990-1991.

⁴¹ Para jurisprudencia véase *BIP*, xviii, pp. 202-204. xxi, pp. 306-307, 330, 337 y 340. Véase también AGN, *IP* y *BA*, c. 280, exp. 3.21 (145) f. 1; c. 284, exp. 14, f. 15. AHUNAM, *UN*, *R*, c. 4, exp. 63, ff. 1468-1470.

quienes señalaron que el problema era menos de amplitud que de naturaleza, pues los objetivos de la Preparatoria eran distintos a los de las escuelas universitarias: si aquella impartía educación general, éstas debían capacitar a los jóvenes en campos profesionales específicos. A pesar de ello, Sierra y Chávez forzaron la integración de la Preparatoria a la Universidad Nacional.⁴² Lo paradójico es que, por otro lado, vetaron la inclusión de estudios auténticamente profesionales en la naciente institución, como los de Odontología y Pedagogía; asimismo, se rechazó la incorporación de “carreras concretas y utilitarias”, como Economía y Comercio, y de “carreras industriales”, aunque se reconoció que éstas serían integradas en un futuro no muy lejano.⁴³ En resumen, la Universidad Nacional nació anacrónica, en cuanto limitada a los estudios profesionales decimonónicos; surgió asimismo contradictoria, por que su oferta educativa era, al mismo tiempo, amplia y estrecha.

El carácter abigarrado se lo dio sobre todo la Escuela de Altos Estudios, única dependencia académica creada en 1910, para la ocasión, pero cuya dirección fue asignada, paradójicamente, a un educador positivista, Porfirio Parra.⁴⁴ Para colmo, los ambiciosos objetivos de la escuela suscitaban algunas confusiones, lo que dio lugar a su variada evolución en los años siguientes: perfeccionar la instrucción obtenida en las escuelas profesionales, desarrollar la investigación y preparar docentes para las propias dependencias universitarias. Es indudable que si bien el proyecto requería ajustes y precisiones, era previsor y visionario. Sin embargo, si sus fines eran, por lo amplios y ambiciosos, inalcanzables a corto y mediano plazos, su naturaleza era igualmente compleja. Tendría tres secciones: ciencias exactas, humanidades y ciencias sociales. Para darle cuerpo y contenido a la primera se le asignaron los Institutos Médico, Patológico y Bacteriológico; para dárselos a la última

⁴² La polémica al respecto, en *BIP*, xiv, pp. 500-501.

⁴³ SIERRA, 1948, t. v, pp. 457-458.

⁴⁴ Parra, médico y escritor, había sido profesor en la preparatoria y en la Escuela de Medicina, y había sido senador gracias al apoyo del grupo de los “científicos”. Véase ALVARADO, 1988.

se le asignaron la inspección de monumentos arqueológicos y el museo respectivo; sin embargo, la sección de humanidades quedó, ilustrativamente, sin cuerpo ni sustancia. Otro problema grave fue que se fundó la escuela por decreto, sin demanda estudiantil ni oferta docente, complaciendo sólo a una minoría selecta. Peor aún, surgió sin plan ni programa; luego de un año de creada no se sabía qué cursos se impartirían en el siguiente año lectivo.⁴⁵ Asimismo, los primeros tres docentes en Altos Estudios fueron extranjeros, y dos de ellos impartieron sus clases en inglés, sobre materias sin arraigo académico en el país.⁴⁶ Por su parte, las exageradas exigencias impuestas a los jóvenes que pretendían inscribirse en tales cursos dieron como resultado que la gran mayoría asistiera como simples “oyentes” y, por lo mismo, sin sentir plena responsabilidad. Comparado con estos problemas, palidece la falta de instalaciones propias y de una biblioteca adecuada.⁴⁷

Contra lo que tradicionalmente se sostiene, la Escuela de Altos Estudios no se fundó como una institución humanística y antipositivista.⁴⁸ Sin embargo, una casualidad personal y una coyuntura política modificaron abruptamente el proyecto original. Sucedió que a mediados de 1912 murió su director Porfirio Parra, que fue sustituido por Alfonso Pruneda, médico de profesión, experimentado educador, recién distanciado entonces del positivismo y con grandes intereses culturales.⁴⁹ Pruneda nombró como secretario de la escuela al joven Alfonso Reyes, estudiante de Jurisprudencia y escritor en ciernes. Aunque ambos eran política y pedagógicamente aceptables por la comunidad universitaria, es indudable que con ello el gobierno maderista buscaba arrancar al grupo de los “científicos” el

⁴⁵ *BIP*, xvi, p. 76; xviii, pp. 27 y 610.

⁴⁶ Los profesores eran los estadounidenses James Mark Baldwin y Franz Boas, y el germano chileno Carlos Reiche. El primero daría un curso de psicología; el segundo uno de antropología y otro de antropometría.

⁴⁷ *BIP*, xvi, p. 82; xviii, pp. 606-609; xix, p. 526; xxi, p. 313.

⁴⁸ Consúltense los estudios citados en la nota 40.

⁴⁹ Véase su copioso expediente en AHUNAM, T, exp. 577.

control de la escuela. Académicamente, la gran secuela del cambio fue el peso que comenzaron a tener los estudios humanísticos: Reyes creó inmediatamente la sección de lengua nacional y literatura, gracias a la colaboración de sus compañeros del Ateneo de la Juventud, con un programa definido y riguroso y con el objetivo de preparar docentes para dichas materias. Asimismo, Antonio Caso comenzó a impartir un curso “libre” de filosofía, teniendo como alumnos destacados a sus compañeros ateneístas. En cambio, resultó significativa la posposición o el rechazo a cursos de física y biología,⁵⁰ lo que confirma la total modificación del proyecto original: en 1912 su manejo pasó de los “científicos” a los ateneístas; lo que fue un centro de investigación y especialización se convirtió en un área de difusión cultural; pasó de ser la dependencia universitaria consentida y más promisoría a ser una institución amenazada y severamente cuestionada, al grado de que varios diputados propusieron que se le retirara el subsidio por inútil y superflua, mientras los positivistas más ortodoxos, como Agustín Aragón y Horacio Barreda, exigieron que se disolviera.⁵¹ Aunque la institución sobrevivió a tales embates, lo cierto es que el subsidio le fue disminuido, por lo que además de los otros problemas que enfrentaba, desde entonces sufrió carencias económicas. La comparación de su situación en 1910 con la de 1912 es conmovedora.

ANTIMADERISMO UNIVERSITARIO

Es indudable que la afirmación del rector Eguía Lis sobre la buena marcha de la Universidad Nacional durante 1912 fue ingenua por optimista, o simplemente falaz. Además de los problemas en altos estudios, los estudiantes sostuvieron un importante movimiento político antigubernamental, la

⁵⁰ *El Imparcial* (13 y 16 mar. 1912); *Nueva Era* (28 mayo; 1º y 11 jun. 1912).

⁵¹ Sus principales críticos en el Congreso fueron José Ma. Lozano y Francisco de P. Olaguíbel.

Escuela de Jurisprudencia sufrió una drástica escisión y la Universidad Nacional en su conjunto fue desafiada como institución de minoría selecta, incapaz de difundir conocimientos y cultura entre los grupos sociales emergentes en ese momento. Sin duda, el activismo político de la comunidad universitaria durante 1912 fue muy superior al de los años inmediatamente precedentes. Sobre todo, cuando por el desplome sucesivo de los reyistas y de los “científicos”, ambos sus protectores y referentes políticos, los universitarios no participaron en la lucha antirreeleccionista de 1909-1910, y menos aún en la lucha armada maderista de 1910-1911, la que les resultó extraña y distante.

El cambio que implicó su activismo de 1912 refleja la nueva situación nacional: con la llegada de Madero había un ambiente menos autoritario y represivo y el aparato político-administrativo se había tornado permeable a las pretensiones de profesores, egresados y alumnos. En rigor, comenzaron a actuar en política desde la segunda mitad de 1911, en la contienda electoral entre Madero, Reyes y León de la Barra, quien debió haberse limitado a organizar tales comicios. Curiosamente, aunque la situación era original y los procedimientos novedosos, los universitarios permanecieron básicamente fieles a sus viejas preferencias. Así, mostraron considerables simpatías por León de la Barra, antiguo profesor en la Preparatoria,⁵² y por Bernardo Reyes, quien prometía un sistema político más abierto y popular que los “científicos” por lo que varios jóvenes crearon el Club Reyista de Estudiantes.⁵³ Sin embargo, también Madero ofrecía un sistema similar, y tenía más probabilidades que Reyes de ganar las elecciones y, por ende, de cumplir sus promesas. ¿Cuál fue la relación, entonces, entre Madero y la comunidad universitaria?

Si al principio las relaciones entre éstos fueron tibias, tendieron a enfriarse a lo largo de 1912. Acaso los conflic-

⁵² AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1464; *El Imparcial* (3 y 4 jul. 1911), y *El País* (18, 22, 26 y 29 sep. y 7, 16, 17 y 29 oct. 1911).

⁵³ AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1468; *BIP*, *XXI*, pp. 339-340, y *El Imparcial* (8 y 11 ago. 1911), y PRIETO LAURENS, 1968, p. 26.

tos surgieron desde la selección de José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia, desplazando a Vázquez Gómez, y sobre todo desde la declaración de su triunfo electoral, aunque si les importara la vicepresidencia hubieran protestado cuando Díaz prefirió a Corral por sobre su querido Bernardo Reyes. ¿Cuál fue el motivo real del distanciamiento? No lo fue, tampoco, la postura de Madero ante la Universidad Nacional, pues fue con ella complaciente y continuista: Eguía Lis permaneció como rector, y el profesor universitario Miguel Díaz Lombardo fue designado ministro de Instrucción Pública.⁵⁴ Tal parece que el enfrentamiento definitivo sobrevino a principios de 1912, cuando los jóvenes acusaron a Madero y a sus principales colaboradores —José Vasconcelos y Manuel Calero— de intentar impedir, por sus conocidas posiciones antiestadounidenses, que el escritor argentino Manuel Ugarte impartiera una conferencia. Así, el gobierno fue acusado de autoritario y dictatorial, por ser enemigo de la libertad de expresión, y de falta de nacionalismo, por ser cobarde frente a Estados Unidos. Los jóvenes universitarios organizaron asambleas y manifestaciones callejeras; sus críticas fueron graves y altisonantes. El resultado fue que se ahondaron las diferencias entre Madero y los universitarios, aunque debe decirse que aquella postura estudiantil fue coherente con su nacionalismo y su latinoamericanismo, expresados en varias ocasiones a lo largo del decenio.⁵⁵

El caso de Ugarte asustó a Madero y lo decidió a ser menos tolerante y respetuoso con el sector educativo. Por ello se propuso colocar en él a gente reconocidamente maderista, con el objeto de controlar políticamente el medio. Para su desgracia, la decisión le resultó contraproducente. Para comenzar, designó al vicepresidente Pino Suárez para que, además, se encargara de la Secretaría de Instrucción Pública. Éste pronto anunció que la educación sería más vigilada por el gobierno central, que tendría que adoptar un espíritu revolucionario y que ya no se favore-

⁵⁴ *BIP*, XIX, pp. 6-7.

⁵⁵ YANKELEVICH, 1992, pp. 41-49.

cería la educación superior sino la elemental y popular. El rechazo de los universitarios a su designación y propósitos fue abierto, inmediato y unánime. Como era previsible, Pino Suárez procedió a remover a los directores de las escuelas universitarias que no le eran afines.⁵⁶ Un cambio resultó especialmente conflictivo: la sustitución de Pedro Lascuráin por Luis Cabrera, en Jurisprudencia.

El nombramiento de Cabrera, en abril de 1912, fue visto como un abierto desafío a los “científicos”, dado que Cabrera había sido uno de sus críticos más acervos y pertinaces en las postrimerías del porfiriato. Previsiblemente, su dirección fue repudiada desde un principio. Para colmo, el mismo Cabrera agravó la situación con su impulsividad política: en lugar de buscar alguna solidaridad y de establecer ciertas alianzas, sus malos modales tornaron más reacia a la comunidad. El intento de imponer algunas medidas disciplinarias y ciertas reformas académicas provocó el airado rechazo de los estudiantes, que amenazaron con ponerse en huelga, al tiempo que comenzaron a exigir la renuncia de Cabrera.⁵⁷ El conflicto se desarrolló violenta y vertiginosamente: Cabrera, apoyado por Pino Suárez, se negó a renunciar y exigió que los inconformes con la nueva marcha de la escuela cancelaran su inscripción. Los jóvenes respondieron de manera radical y solidaria: continuaron su lucha contra Cabrera y pidieron a sus profesores la impartición temporal de sus lecciones fuera de las instalaciones. Hasta entonces el movimiento se desarrolló dentro de los márgenes tradicionales de ese tipo de conflictos. Sin embargo, muy pronto cambió el curso de éste, y con ello su naturaleza.⁵⁸

En efecto, con el abierto concurso de los profesores se diseñó un ambicioso objetivo: crear una nueva escuela de leyes, independiente del gobierno. Es incuestionable que los

⁵⁶ *BIP*, XXI, pp. 304-312 y *El Imparcial* (1º y 6 mar. y 25 abr. 1912).

⁵⁷ Para una narración y un análisis más amplios de estos sucesos véase GARCADIIEGO, 1993.

⁵⁸ Jaime del Arenal, el “clásico en la materia” sostiene una interpretación diferente. Para tal efecto valen sus espléndidos estudios y sus valiosos rescates documentales.

profesores de Jurisprudencia, cuya mayoría estaba ligada a la política porfirista, ya como “científicos”, ya como reyistas, percibieron el riesgo de que llegaran a la institución los hombres y los principios revolucionarios. Sin embargo, la pronta y decisiva participación de varios distinguidos juristas ajenos a la escuela confirma que el conflicto trascendió los límites institucionales, convirtiéndolo en una lucha de los mejores abogados contra el primer intento de los revolucionarios por imponer una nueva política universitaria, en una lucha por defender su última trinchera, la única institución que todavía dominaban: la Universidad Nacional, en general, y la Escuela de Jurisprudencia, en particular.

Si el carácter académico del conflicto lo daban los estudiantes y profesores como Antonio Caso, Carlos Díaz Dufoo, Eduardo Pallares y Demetrio Sodi, la participación de gente como Francisco León de la Barra, José María Lozano, Emilio Rabasa e incluso Jorge Vera Estañol, le impregnaban un enorme contenido político. Con todo, no puede decirse que la lucha por la creación de la Escuela Libre de Derecho haya sido una cruzada revanchista de los “científicos”. También participaron destacados juristas católicos, liberales y reyistas. El rápido e innegable éxito de la nueva institución confirma el peso y la influencia de los intereses políticos involucrados. Como quiera que haya sido, la merma sufrida por jurisprudencia, en docentes y alumnos, fue mayúscula, por lo que debe afirmarse que la verdadera situación de la Universidad Nacional durante 1912 distó de ser idílica.

Pocos meses después la Universidad Nacional enfrentó otro problema de hondo significado: varios de sus profesores más jóvenes decidieron crear una institución alternativa, la Universidad Popular, que debía realizar obra de divulgación científica y cultural entre grupos marginados de la educación media y superior. Si bien nunca se planteó como el resultado de una escisión, ni fue producto del espíritu latinoamericanista de los jóvenes o de la competencia entre “científicos” y revolucionarios por el control de la educación superior, la creación de la Universidad Popular fue consecuencia, en última instancia, de que la Universi-

dad Nacional haya sido incapaz de ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país. Así, la propuesta tuvo que provenir de otras esferas; en concreto, de algunos de los miembros del grupo cultural Ateneo de la Juventud que tenían más intereses políticos, como José Vasconcelos, Alfonso Pruneda, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán.⁵⁹ A diferencia de la Escuela Libre de Derecho, que de solución coyuntural se convirtió en institución permanente, la Universidad Popular realizó una labor admirable durante aproximadamente diez años, pero se hizo prescindible cuando la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, con Vasconcelos, cumplieron con creces su compromiso de difusión cultural, y la Universidad Nacional pudo ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país.⁶⁰

CURIOSA ALIANZA: SABLES Y TOGAS

El año de 1912 fue para la Universidad Nacional, igual que para todos los ámbitos de la vida nacional, un periodo de redefiniciones y conflictos, de constante tensión. Los estudiantes dejaron su prolongado apoliticismo y se opusieron a las autoridades educativas y al aparato gubernamental; los educadores del antiguo régimen pelearon contra los nuevos profesores por el dominio de la educación media superior; se hizo evidente que las clases sociales emergentes comenzaban a demandar educación, por lo que se hacía necesario modificar el proyecto universitario de Porfirio Díaz y Justo Sierra. A principios de 1913, cuando se suponía que seguirían surgiendo este tipo de problemas, Madero fue derrocado por Victoriano Huerta, con quien se modificó, inmediata y radicalmente, el proyecto gubernamental universitario.

⁵⁹ Además de recomendarse la revisión de los recuentos autobiográficos de los involucrados, como Pani, Reyes y Vasconcelos, o la correspondencia cruzada entre ellos —notablemente Pedro Henríquez Ureña, Guzmán, Reyes y Julio Torri—, debe consultarse a INNES, 1973, pp. 110-122.

⁶⁰ En 1920 Vasconcelos integró los objetivos de la Universidad Popular a las labores de la Universidad Nacional.

El antimaderismo de la mayor parte de la comunidad universitaria explica su rápido y decidido apoyo al gobierno de Victoriano Huerta, entre cuyos colaboradores figurarían numerosos profesores de prestigio,⁶¹ como Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra y Jorge Vera Estañol, en el primer gabinete, o Carlos Pereyra, Aureliano Urrutia y Nemesio García Naranjo en alguno de los subsecuentes. Obviamente, la lista de universitarios distinguidos que apoyaron a Huerta o colaboraron con él aumentaría de incluirse a subsecretarios, diputados, senadores y directores de diarios prohuertistas: aquí los ejemplos podrían ser Enrique González Martínez, José María Lozano y Emilio Rabasa. A su vez, Huerta se beneficiaba de tal apoyo porque daba una imagen menos militarista y más civilizada de su gobierno. Por su parte, los universitarios creyeron que los anteriores funcionarios educativos y el viejo profesorado recuperarían el control del sector, en todas sus instituciones y dependencias.⁶² Para evidenciar que la amenaza de Cabrera había desaparecido, Miguel Macedo y Carlos Díaz Dufoo volvieron a enseñar en Jurisprudencia, como Pereyra y Manuel Flores regresaron a la Preparatoria.⁶³

En términos generales, puede afirmarse que las escuelas universitarias laboraron muy aceptablemente durante el huertismo, y que los estudiantes abandonaron su activismo político de 1912, debido a que se vetó cualquier forma de oposicionismo y a que desaparecieron las contiendas electorales. Obviamente, Huerta sufrió la oposición y rebeldía de varios miembros de la comunidad —funcionarios, profesores y estudiantes— de filiación maderista cuya postura respondió a la actitud del gobierno hacia ellos. A quienes presionó severamente, pronto se incorporaron a la lucha

⁶¹ También colaboraron reconocidos escritores, quienes si bien eran ajenos a la comunidad universitaria, tenían un prestigio que los hacía muy influyentes en ésta. Algunos ejemplos serían Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas y José Juan Tablada.

⁶² AGN, *IPy BA*, c. 284, exp. 15 (368) f. 87; (369) f. 120; (373) f. 245, y *El Imparcial* (16 mar. 1913).

⁶³ Informe presidencial de Huerta (abr. 1913), en *Los presidentes*, 1985, III, pp. 48-49.

constitucionalista, como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela y Alberto J. Pani.⁶⁴ Aunque hoy son famosos precisamente por su participación en la lucha revolucionaria, lo cierto es que entonces distaban de ser profesores influyentes que pudieran atraer al alumnado. Asimismo, hubo funcionarios educativos maderistas, como José Inés Novelo y Félix Palavicini, que hicieron una labor opositora legal y pacífica contra Huerta, por lo que pudieron permanecer en México hasta el derrumbe del huertismo. Por último, hubo directivos universitarios como Valentín Gama y Alfonso Pruneda, maderistas moderados y pasivos, que perdieron su influencia en el medio, pero continuaron laborando en él a lo largo del gobierno huertista.⁶⁵

Huerta también enfrentó la oposición de varios estudiantes que simpatizaban con Madero o con los rebeldes constitucionalistas. Uno de ellos fue Gustavo Espinoza Mirales, quien luego de incorporarse a los alzados pasó a ser secretario particular de Carranza; otro fue Aarón Sáenz, pronto miembro del estado mayor de Obregón; uno más fue Arnulfo González, maderista desde 1909.⁶⁶ También destacaron Jesús Acuña, recientemente titulado de abogado, Basilio Vadillo, de la Normal, que encabezó un grupo en el que figuraban Adolfo Cienfuegos y Gabriel Leyva; Luis L. León, agrónomo y novillero; el tabasqueño José Domingo Ramírez Garrido, de Odontología, y José Siurob, luego médico de las fuerzas obregonistas.⁶⁷

⁶⁴ Consúltense los relatos autobiográficos de éstos, especialmente VASCONCELOS, 1948; PALAVICINI, 1937, pp. 173-188, y PANI, 1936, pp. 123-126. Véase también la *Correspondencia* entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, REYES y HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 207, 246 y 265.

⁶⁵ AGN, *IPy BA* (367), f. 49; (368), f. 100; (369), f. 126; (370), f. 172. i. 284; (372) f. 249; c. 293, exp. 7, f. 1 AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 74, f. 2080; exp. 78, f. 2310. AHUNAM, *T*, exp. 604. AECH, *U*, c. 1, doc. 71. c. 2, doc. 159; c. 6, doc. 6. *El Imparcial* (12 ago. 1912 y 21 dic. 1913). *El País* (25 ene. 1914).

⁶⁶ *Diccionario*, 1990, i, pp. 350-353. Entrevista a Sáenz, en URIÓSTEGUI, 1970, pp. 357-362.

⁶⁷ AHUNAM, *A*, exp. 2701. *Diccionario*, 1990, i, pp. 251-252, ORTEGA, 1955, pp. 29-30 y LEÓN, 1987, pp. 19-24.

Por más nombres que se agregaran, es incuestionable que la participación de los estudiantes universitarios en la lucha antihuertista fue escasa. Esto se explica por el origen social de la mayoría, porque la lucha se desarrolló en escenarios lejanos de la ciudad de México y porque fue una lucha básicamente rural. En todo caso, la importancia de los estudiantes fue política, intelectual y administrativa, más que bélica, como secretarios y ayudantes de varios jefes y cabecillas, fueran éstos Carranza, Obregón o Lucio Blanco. Entre los que llegaron a empuñar las armas con relativa notoriedad destacan Enrique Estrada, que operó en los límites entre Jalisco y Zacatecas, y Manuel Pérez Treviño, todos de Ingenieros, este último pronto se incorporó a las fuerzas de Pablo González aunque luego destacara con el grupo sonoreense. Por su parte, Rafael Cal y Mayor, chiapaneco, y Gustavo Baz, de Medicina, se incorporaron a los alzados zapatistas.⁶⁸ Por último, fue determinante para la relación entre Huerta y la comunidad universitaria el intento de una docena de preparatorianos, encabezados por Jorge Prieto Laurens y José A. Inclán, por incorporarse en abril de 1913 a las fuerzas zapatistas que operaban en la zona del Ajusco. A pesar de que Prieto Laurens había sido sucesivamente reyista y militante católico, e Inclán ya había luchado como zapatista en 1911, lo que demostraba su completa concientización política, los jóvenes fueron tratados con indulgencia considerable, seguramente por la intercesión de varios miembros del gabinete, como León de la Barra, y de varios diputados como Lozano, Querido Moheno y José Natividad Macías. También fue decisiva la presión de sus compañeros estudiantes, quienes organizaron una enorme manifestación en demanda de garantías para la vida e integridad de sus condiscípulos. Sobre todo, Huerta no deseaba perder el apoyo de los universitarios, pues hubiera afectado la composición de su gabinete. Además, dar nuevas muestras de excesiva severidad, a dos meses de tomar el poder, hubiera afectado su vul-

⁶⁸ *Diccionario*, 1990, I, pp. 409-410; II, pp. 48-50; III, pp. 454 y 618-619; VIII, pp. 886-888, y MEDINA NERI, 1979, pp. 43-74.

nerable reputación personal y política. Pero tampoco deseaba Huerta perder la confianza y simpatía de las clases media y alta capitalinas. Los jóvenes fueron pronto liberados, y se declararon arrepentidos de su “aventura” prometiendo alejarse de la política y concentrarse en sus estudios.⁶⁹

En realidad, si bien la respuesta de Huerta fue inmediata y aparentemente magnánima, ese intento de los preparatorianos prozapatistas, con algunas muestras posteriores de nuevas politizaciones estudiantiles, hizo que Huerta diseñara una estrategia preventiva y disciplinaria: la militarización de la educación superior, que comenzó con la Preparatoria y se limitó a ella. Ilustrativamente, la respuesta de la comunidad a tan grave intervencionismo gubernamental fue entre complaciente y resignada. La resistencia fue minoritaria, débil y efímera: acaso el único profesor que protestó fue Antonio Caso, quien sentenció que el país necesitaba “escuelas en los cuarteles y no soldados en las escuelas”.⁷⁰ Con todo, por tibia que haya sido la oposición preparatoriana, evitó que Huerta militarizara las demás escuelas universitarias. Aunque su objetivo último fuera la militarización de toda la educación, primero quería evitar la oposición estudiantil y la pérdida del apoyo de los profesores. Hábil político, Huerta dispuso que la militarización fuera más aparatosa y protocolaria que rigurosa. El resultado fue el esperado: no hubo después otras incorporaciones de estudiantes a los ejércitos rebeldes.⁷¹

La relación entre Huerta y la comunidad universitaria no puede limitarse a un inicio halagüeño ensombrecido después por la militarización de la preparatoria. Lo cierto es que conforme crecieron las desavenencias entre los gobiernos mexicano y estadounidense, aumentaron las ex-

⁶⁹ *El Imparcial* (24, 26 y 28-30 abr. y 14 y 20 mayo 1913). *El País* (25 abr. 1913). PRIETO LAURENS, 1968, pp. 10 y 20-23.

⁷⁰ AGN, *IP y BA*, c. 285 exp. 1, f. 30; exp. 11, ff. 64-111. *Los presidentes*, 1985, III, p. 81. *El Imparcial* (9 y 20 mayo; 7, 13 y 27 jun.; 2 y 4 jul. 1913).

⁷¹ AGN, *IP y BA*, c. 281, exp. 41(206) f. 1. AHUNAM, *UN, R*, c.b., exp. 75, ff. 2120-2121, 2124, 2134, 2135, 2145. *El Imparcial* (22, 25 y 27 jun.; 4, 8, 11-14, 28-30 ago. 1913). *El País* (8, 12-13 jul. 1913).

presiones nacionalistas de los universitarios, que se tradujeron en un abierto respaldo a Huerta. En efecto, hubo varias movilizaciones estudiantiles contra el gobierno de Washington y en favor de la política diplomática de Huerta, encabezada sucesivamente por sus admirados León de la Barra, Federico Gamboa y José López Portillo.⁷² Obviamente, las más intensas expresiones de su yancofobia fueron provocadas por la invasión estadounidense a Veracruz, en abril de 1914: se profundizó entonces la alianza entre Huerta y los universitarios,⁷³ acaso algo deteriorada por las renunciaciones de varios profesores a sus puestos en los sucesivos gabinetes de Huerta.

¿Cuáles fueron las secuelas académicas de la militarización de la preparatoria y de las diversas manifestaciones de yancofobia que tuvieron lugar a lo largo del huertismo? ¿Cuál fue el resultado de la alianza entre Huerta y la Universidad Nacional? En términos generales las labores en educación superior fueron más que aceptables. Sobre todo porque ésta comenzó a volverse más práctica y menos teórica. La gran paradoja consistió en que, si por un lado, se dio una recuperación de los educadores porfiristas, por el otro, se dio un golpe demoledor a la educación porfiriana. Es incuestionable que fue con Nemesio García Naranjo como ministro de Instrucción Pública cuando el positivismo comenzó a ser desplazado por el pragmatismo.⁷⁴ Obviamente, los beneficios en la educación superior también se obtuvieron gracias a la tranquilidad militar de que gozó la ciudad de México hasta la caída de Huerta, y por las sensatas designaciones que se hicieron en las dependencias universitarias: permanecieron inicialmente en sus puestos el rector Eguía Lis, Aureliano Urrutia y Luis Salazar, directores de Medicina e Ingenieros. A su vez, Gama, Pruneda y Cabrera fueron sustituidos por Miguel Ávalos, Ezequiel

⁷² *El Imparcial* (8-11, 14 y 29 ago. 1914). *El País* (8 y 12-13 jul. 1913).

⁷³ AHUNAM, *UN, R*, c. 14, exp. 63, f. 1469; c. 6, exp. 84, f. 240. *El País* (27 y 29 abr.; 8, 11, 22 y 30 mayo 1914). GARCÍA NARANJO, 1946-1948, VII, pp. 277-278 y 283-285.

⁷⁴ El cambio refleja la creciente influencia en México de los nuevos procedimientos pedagógicos estadounidenses.

Chávez y Julio García, en la Preparatoria, Altos Estudios y Jurisprudencia: Ávalos argumentaba ser el heredero de Sierra, Chávez había sido el autor del proyecto de creación de esa escuela y García ya había desempeñado antes ese puesto.⁷⁵ La mejoría fue notable en Medicina, pues a la enseñanza en ella se agregó el imprescindible aspecto práctico, al asimilar a la institución el Hospital General y los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico.⁷⁶ Fue tan exitoso el desempeño de Urrutia, que ayuda a explicar su designación como secretario de Gobernación, nombramiento que ratificó la alianza entre Huerta y los universitarios.

También hubo una clara mejoría en Jurisprudencia, pues ya sin Cabrera volvieron varios de los profesores secesionistas que se habían refugiado en la Escuela Libre de Derecho, como Carlos Díaz Dufoo, Miguel Macedo, Demetrio Sodi y Jorge Vera Estañol. Volvieron también algunos alumnos, aunque durante un tiempo considerable no habría problemas de sobrepoblación estudiantil.⁷⁷ Incluso la Escuela de Altos Estudios tuvo una considerable mejoría. Aunque su creador, Ezequiel Chávez, fue designado como director, no pretendió obligarla a apearse a dicho proyecto: la escuela conservó la naturaleza humanista que le habían impreso los ateneístas en 1912, al tiempo que intentó difundir conocimientos abiertamente prácticos sobre electricidad, salud y temas similares. Ahora fue menos pretenciosa la institución: no se habló de investigación ni de posgrados, y se limitó a reclamar su utilidad como formadora de profesores universitarios de física y química, o de literatura.⁷⁸

A pesar de estos logros, la marcha de la Universidad Nacional durante el gobierno huertista se caracterizó por el decaimiento del positivismo, lo que implicaba un cambio radical en la esencia y naturaleza de los principios educa-

⁷⁵ AGN, *IPy BA*, c. 284, exp. 15 (367) ff. 49 y 58 (368) ff. 56 y 100. *BIP*, XXI, p. 337.

⁷⁶ AGN, *G, PR*, c. 116 exp. 2. *El Imparcial* (4, 10 y 14 mayo 1913).

⁷⁷ AECH, *U*, c. 3, docs. 51-53 y 57-59.

⁷⁸ AHUNAM, *UN, R*, c. 5, exp. 64, f. 1642. AGN, *IPy BA*, c. 285, exp. 1, f. 30. *El Imparcial* (26 ago.; 5 oct. y 19 nov. 1913). *El País* (18 jul. 1913).

tivos establecidos. Fueron Huerta y Nemesio García Naranjo quienes asestaron los primeros golpes radicales al sistema de educación superior porfiriano. En comparación, los golpes de Vázquez Gómez y Cabrera parecían simples escarceos políticos. Lo paradójico es que estos últimos habrían provocado grandes reacciones negativas en la mayor parte de la comunidad universitaria, mientras que los cambios realizados por García Naranjo a principios de 1914 fueron aceptados con más júbilo que resignación. Seguramente influyó que los principales positivistas ya habían muerto —Sierra y Porfirio Parra—, o habían visto languidecer su influencia —Manuel Flores y José Terres—, o habían abandonado la doctrina —Ezequiel Chávez. También fue decisivo el hábil manejo político que García Naranjo hizo de todo el proceso: fue generoso con los viejos profesores positivistas y respetuoso de los usos y costumbres del sector.⁷⁹ García Naranjo adujo que la Preparatoria era la dependencia universitaria que más urgentemente requería desprenderse de su rígida y anacrónica doctrina positivista, envejecida después de 50 años de cambios profundos en el país y en todo el mundo intelectual. Como hábil político que era, atenuó su golpe intelectual y pedagógico con favores económicos y políticos: relevó de la dirección al positivista Miguel Ávalos y designó en su lugar a Genaro García, anteriormente su profesor y jefe, con lo que ganó el apoyo de un tutor sabio, laborioso y prestigiado, que contaba, además, con una considerable experiencia política.⁸⁰

Aunque la propuesta de reforma proviniera finalmente de las autoridades educativas gubernamentales, a diferencia de Vázquez Gómez y Cabrera, el ministro García Naranjo era considerado un intelectual y discutió los principales aspectos de su proyecto con universitarios como Erasmo Castellanos Quinto, Ezequiel Chávez y, sobre todo, Anto-

⁷⁹ Organizó homenajes a Eduardo Liceaga, Jacinto Pallares y Manuel Flores.

⁸⁰ AGN, *IPy BA*, c. 284. exp. 5(377), ff. 394 y 460. *El Imparcial* (16-17 dic. 1913). García se había titulado de abogado en 1891 y había sido varias veces diputado desde 1894. Véase AHUNAM, I, exp. 619.

nio Caso. La influencia de éstos fue tal —aceptada por el propio García Naranjo—, que la lucha contra el positivismo debe ser vista también como una labor de los principales universitarios de entonces. Es un hecho que el proyecto de García Naranjo también se enriqueció al discutirse formalmente en el Consejo Universitario, sobre todo por consejeros como Valentín Gama, Pedro Henríquez Ureña y Federico Mariscal.⁸¹ El cambio de programa en la preparatoria implicó la aparición de cursos sobre ética, filosofía y arte, o la asignación de mayor importancia a los ya establecidos de historia y literatura, a cambio de lo cual se suprimieron algunos que fueron considerados “infructuosos”. Obviamente, dado que los profesores positivistas eran incapaces de impartir estos cursos, tuvo que contratarse a jóvenes que dominaban las humanidades y las nuevas corrientes de pensamiento,⁸² lo que prueba que una reforma pedagógica tiene mayor efecto que cualquier ataque político. Así, dicha reforma no se redujo a la Preparatoria, sino que también se introdujeron cambios significativos en Medicina, Ingeniería y Jurisprudencia, todos ellos tendientes a impartir una educación más práctica y moderna. Por último, al pasar Chávez de Altos Estudios a la rectoría, su lugar fue ocupado por Antonio Caso, quien dio a la filosofía más peso que el que había comenzado a tener desde 1912.⁸³

La designación de Ezequiel Chávez como rector, a finales de 1913, fue una benéfica decisión para la Universidad

⁸¹ AGN, *IP y BA*, c. 285, exp. 7, f. 10. REYES y ENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 250, 265 y 281. GARCÍA NARANJO, 1946-1948, VIII, pp. 204-205.

⁸² Por entonces ingresaron al cuerpo docente de la preparatoria, jóvenes como Genaro Fernández Mac Gregor, Carlos González Peña, Julio Torri, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint, entre otros. Como principal colaborador del director Genaro García fue nombrado Mariano Silva y Aceves, ateneísta, escritor en ciernes y profesor de literatura india en la Escuela de Altos Estudios. Trátese de maderistas, constitucionalistas o de huertistas, el proceso revolucionario implicaba para todos un relevo generacional.

⁸³ AGN, *IP y BA*, c. 284, exp. 15 (377) f. 373. AECH, *U*, c. 2, doc. 157. AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 81, f. 2341. GARCÍA NARANJO, 1946-1948, VIII, pp. 139, 180 y 222-226. *El Imparcial* (4, 19-30 dic. 1913; 2, 7, 11, 24 y 26 mar.; 16 abr.; 6 y 15 jun., y 16 jul. 1914). *El País* (8 ene.; 15 feb., y 7, 22 y 31 mar. 1914).

Nacional.⁸⁴ Si su participación en la creación de ésta en 1910 hacía suponer que Chávez sería extremadamente fiel al proyecto original, lo que contravendría cualquier plan de reforma, lo cierto es que don Ezequiel tenía una enorme capacidad de adaptación: había abandonado el positivismo y percibía los cambios intelectuales, pedagógicos y sociopolíticos que estaban sucediendo en el país. Lo que no varió fue su laboriosidad y su férrea actitud en defensa de la institución. En concreto, Chávez buscó fortalecer las funciones del rector y del Consejo Universitario, intentó conseguir el mejor profesorado disponible y se afanó por darle a la institución un sentido auténtico de comunidad. Incluso decidió desligar a la preparatoria de la Universidad Nacional,⁸⁵ pero ésta, como todas las disposiciones del gobierno de Huerta, fue derogada a la caída de éste, a mediados de 1914. Lo que no pudo hacerse —ni se deseó— fue detener el proceso de cambio iniciado; y el fin del antiguo régimen y la construcción de uno nuevo lo agilizarían y radicalizarían.

IRRUPCIÓN Y CAMBIO

En un breve escrito casi 40 años posterior, Edmundo O’Gorman volvió a referirse a Justo Sierra y a su mayor creación. Sin embargo, en esta ocasión O’Gorman prolongó su análisis y dijo que si bien la Universidad Nacional era “porfiriana en su cuna”, los gobiernos revolucionarios no habían repudiado tal legado, sino que lo habían hecho suyo, para lo cual la institución tuvo que pasar por un pro-

⁸⁴ AGN, *IPy BA*, c. 284, exp. 15 (376), f. 347. *El Imparcial* (27 y 30 nov. y 2 dic. 1913). Lo curioso es que Chávez no era la primera opción para el puesto: antes se pensó en Emilio Rabasa y Antonio Caso. Por tener los tres, características tan distintas resulta obligado dudar de que las autoridades tuvieran un proyecto coherente y definitivo sobre la educación superior que el país requería.

⁸⁵ AHUNAM, *UN, R*, c. 5, exp. 64, f. 1642; AECH, *U*, c. 4, doc. 55-56 y 76-77; c. 2, doc. 161; c. 6, exp. 87, ff. 2422-2431 y 2451-2455; exp. 72, ff. 2044-2046, y c. 6, exp. 75, ff. 2154-2155, 2159 y 2168.

ceso de ajuste y de cambios. Desafortunadamente, O’Gorman no hizo pública su concepción sobre ambos aspectos; tan sólo aseguró que la Universidad Nacional se hizo revolucionaria mediante un “riguroso desarrollo” y en cumplimiento “de su noble misión”.⁸⁶ Para analizar este asunto es preciso descifrar varios enigmas: ¿cómo enfrentó la institución la llegada de la revolución triunfante a la ciudad de México? ¿Cómo sobrevivió a la derrota política de sus principales actores? ¿Cómo se convirtió en una universidad revolucionaria?

Venustiano Carranza nombró como su primer encargado del Ministerio de Instrucción Pública al tabasqueño Félix Palavicini, agrónomo de profesión, pero dedicado desde finales del porfiriato a asuntos intelectuales y pedagógicos, quien además contaba con una experiencia política considerable y con suficientes credenciales revolucionarias,⁸⁷ lo que hacía previsible que trajera un nuevo proyecto de educación superior. Para comenzar, inmediatamente procedió a relevar al personal que había laborado con Huerta, fueron cesados varios profesores abiertamente huertistas “por exigirlo así la necesidad de moralizar el espíritu público”,⁸⁸ y desmilitarizó la preparatoria, que volvió a quedar integrada a la Universidad Nacional en tanto que se desconoció la reforma huertista. Sobre todo, el principal aspecto de su proyecto era pretender otorgarle la autonomía a la institución, aunque no está claro si era un ofrecimiento liberario auténtico o una propuesta oportunista para ganar apoyo popular, si bien lo más probable es que haya sido una manifestación del radicalismo —comparativamente hablando— que campeó en el carrancismo durante 1914-1915.

El triunfo de los alzados implicaba nuevos hombres y nuevas ideas. Además de Palavicini, fueron responsables de

⁸⁶ O’GORMAN, 1986, p. 13.

⁸⁷ *BE*, t. 1, 1914, pp. 7-15. AHUNAM, *UN, R*, c. 8, exp. 105. *El Liberal* (17, 19, 21 y 25-26 ago. y 2 sep. 1914). PALAVICINI, 1937, p. 207.

⁸⁸ Entre otros, fueron cesados Enrique González Martínez, Rodolfo Reyes, Francico Elguero y Antonio Ramos Pedrueza, o Alfonso Teja Zabre y Manuel Herrera y Lasso. AGN, *G, PR*, c. 22, exps. 2, 3 y 5; c. 126, exps. 81 y 93-94.

la educación superior: Alfonso Cravioto, Valentín Gama —nuevo rector—, Martín Luis Guzmán, José Natividad Macías, José Vasconcelos, el “Dr. Atl”, Alfonso Herrera y Alfonso Cabrera, entre otros. Aunque con diferencias respecto a su calidad académica y su filiación e ideología políticas, todos eran partidarios de construir un nuevo Estado y aceptables en el sector universitario, lo que explica su disciplinada respuesta política.⁸⁹ Con todo, ninguno de éstos tenía la calidad y experiencia de los directivos universitarios anteriores: Palivicini no era García Naranjo, como Gama no era Chávez ni Martín Luis Guzmán era Henríquez Ureña. Mayores diferencias había en el profesorado, pues no era posible sustituir inmediatamente a docentes como Joaquín Casasús, Enrique González Martínez, Carlos Pereyra, Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol y Aureliano Urrutia. En resumen, con la llegada de los constitucionalistas, la Universidad Nacional pudo seguir laborando, aunque con un temporal decaimiento en su calidad académica.

El problema inmediato que enfrentó el proyecto carrancista fue la inestabilidad político-militar que sufrió el país desde finales de 1914 hasta la segunda mitad de 1915. Ya con algunos programas de estudio reformados, como los de Jurisprudencia y Medicina, y ya firmada la ley que otorgaba su autonomía a la Universidad Nacional,⁹⁰ Carranza tuvo que huir de la ciudad de México, ocupada por los convencionistas que, comprensiblemente, traían su propio proyecto universitario. El primer grupo convencionista que detentó el poder estaba encabezado por Eulalio Gutiérrez, quien puso como secretario de Instrucción a José Vasconcelos, quien, a su vez, nombró como colaboradores principales a varios de sus compañeros ateneístas —Martín Luis Guzmán, Mariano Silva y Aceves y Julio Torri— pero quien también integró un ecléctico equipo de trabajo con personas provenientes de los diversos grupos que conformaban

⁸⁹ AHUNAM, *T*, exps. 560, 640, 1578 y 1723; AGN, *G*, *PR*, c. 119, exp. 22. *BE*, 1-1, 1914, pp. 31-32, 40, 43-46 y 74-81.

⁹⁰ AHUNAM, *UN*, *R*, c. 6, exp. 87, E. 2482-2487. *BE*, 1-1, pp. 43-54, 183 y 194.

la Convención, como el oftalmólogo michoacano Miguel Silva.⁹¹ Sin embargo, dentro de la Universidad Nacional, Vasconcelos descansó en educadores probados, sin importarles sus ligas con los gobiernos de Díaz y Huerta, como Ezequiel Chávez, Jesús Galindo y Villa, Julio García y, claro está, Antonio Caso. Si bien Vasconcelos también decidió otorgar la independencia a la institución, que se restructuraría a partir de un proyecto hecho por un grupo plural de universitarios destacados,⁹² sucedió que el gobierno de Eulalio Gutiérrez pronto tuvo que salir huyendo de la ciudad de México, lo que hizo abortar —léase posponer— al plan vasconcelista.

El resto de 1915 fue una dura prueba para la Universidad Nacional, debido al caos provocado por la conflictiva situación político-militar del país. Después de Gutiérrez, la ciudad de México fue dominada, por escasas dos semanas, por Roque González Garza y la facción villista de la Convención. Posteriormente, fue ocupada por Álvaro Obregón, sólo por mes y medio, lapso durante el cual no hubo una política universitaria, ya que la solución de los problemas militares era, más que prioritaria, urgente. Esto explica que Obregón sí desarrollara, en cambio, una estrategia política dirigida al más numeroso sector universitario, el de los estudiantes, a quienes trató de atraer e involucrar en la lucha contra los ejércitos villista y zapatista: el resultado no fue despreciable, pues desde entonces logró el apoyo de varios estudiantes de Medicina, imprescindibles en la creciente profesionalización de su ejército.⁹³

Al abandonar Obregón la ciudad de México, ésta fue recuperada por los convencionistas, encabezados por González Garza. Probablemente los peores meses sufridos por la Universidad Nacional durante todo el decenio fueron aquellos de mediados de 1915, durante el segundo

⁹¹ *El Monitor* (6, 9 y 27 dic. 1914).

⁹² AHUNAM, UN, R, c. 7, exp. 103, f. 2950. *El Monitor* (5, 6, 8-9, 11, 13 y 17 dic. 1914). MARIA Y CAMPOS, 1975, pp. 164-177.

⁹³ AGN, G, PR, c. 5, exp. 11. *El Pueblo* (12 feb. 1915). *La Convención* (27 feb. 1915). GRACIA GARCÍA, 1911, p. 215.

mandato de González Garza. El secretario de Instrucción fue Joaquín Ramos Roa, y el rector fue, otra vez, Valentín Gama. En el fondo, el problema es que se trataba de un gobierno muy vulnerable, sin un proyecto nacional, definido, lo cual se reflejaba en su política universitaria. A pesar de haber sido rector meses antes y director de la preparatoria con Madero, Gama se debatía entre desaparecer o fortalecer a la Universidad Nacional. De esa magnitud era su dilema: volver a la situación anterior a 1910, con escuelas profesionales independientes, o construir una universidad tradicional, con un rector prácticamente omnímodo. De hecho, Gama propuso que se hiciera una nueva ley constitutiva, con base en una comisión formada por él, Federico Cervantes y Ramón López Velarde. El resultado fue que se propuso disolver la Universidad Nacional y que los asuntos universitarios los resolviera una junta directiva de instrucción pública, conformada por los directores y un delegado de cada escuela.⁹⁴

La Universidad Nacional todavía pasaría peores amenazas, cuando la facción villista de la Convención fue sustituida por una zapatista encabezada por Francisco Lagos Cházaro. El secretario de Instrucción Pública fue Otilio Montaña, antes profesor rural en el estado de Morelos y autor del Plan de Ayala. Tan pronto se dio el cambio de gobierno, Gama renunció a la rectoría, pero nunca se nombró un sustituto, por lo que la institución permaneció acéfala. Mucho más grave que la incapacidad o la falta de autoridades fue la parálisis casi total de las actividades académicas: muchos de los mejores profesores se encontraban exiliados; otros simplemente dejaron de cumplir con sus actividades docentes. Esto último se debió a lo difícil que se tornó en la ciudad la vida cotidiana —irregularidad en el abasto, desquiciamiento monetario, alarmante insalubridad y falta de seguridad— y a que todos percibieron que el régimen de Lagos Cházaro duraría poco, por lo que pre-

⁹⁴ AHUNAM, *T*, exp. 604; AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 75, ff. 2204, 2206, 2208 y 2210; c. 7, exp. 101, ff. 2888, 28901; exp. 103, ff. 2958, 2959 y 2974; exp. 104, ff. 3122 y 3123.

firieron no colaborar con él para evitar represalias del gobierno constitucionalista, previsible triunfador en la guerra de facciones; sobre todo, los universitarios advirtieron que la institución no tenía futuro en el proyecto educativo de Otilio Montaña, comprensiblemente dedicado a la educación rural y rudimentaria.⁹⁵

Paradójicamente, por pobre que haya sido el desempeño académico de la Universidad Nacional durante 1915, en términos políticos fue sin duda el periodo más agitado e importante del decenio. En el fondo, lo que los estudiantes hicieron fue aceptar y comprender la derrota definitiva del antiguo régimen, y simpatizar y colaborar con el surgimiento del nuevo. Así hayan sido proconvencionistas o proconstitucionalistas, los jóvenes universitarios comenzaron a dejar de ser los vástagos de las familias beneficiadas por el porfiriato. Indudablemente, el suceso que mejor ilustra dicho cambio es la colaboración de varios alumnos de la Escuela de Agricultura en los procesos de reforma agraria en Chihuahua y Morelos, aunque también fue igualmente significativa la simpatía de numerosos estudiantes de medicina con las fuerzas armadas constitucionalistas.⁹⁶

EL CAMBIO, ¿MODERADO O RADICAL?

El apoyo del sector universitario a los constitucionalistas creció con su triunfo; además, a finales de 1915 éstos presentaron un proyecto que implicaba reformas profundas, pero atinadas y mayoritariamente aceptables: se renovaba el ofrecimiento de autonomía y se prometía mejorar y actualizar a la Universidad Nacional mediante cambios en los planes y programas de estudio. Sin embargo, lo cierto es que no se otorgó tal independencia, y que la preparato-

⁹⁵ AHUNAM, *UN, R*, c. 7, exp. 96, ff. 2719 bis, 2712 bis, 2735, 2736 bis y 2737; exp. 101, ff. 2882-2883; exp. 103, ff. 2977-3000. *El Renovador* (17 jun. y 1º y 3 jul. 1915).

⁹⁶ GÓMEZ, 1961 y 1966. *Diccionario*, 1990, I, p. 509; II, pp. 79 y 956-958; III, pp. 109 y 581.

ria quedó escindida de la institución; además, ésta perdió muchas otras dependencias dedicadas a la investigación y a la difusión de la cultura: el intento era reducirla a la suma de las escuelas profesionales, agregándole ahora la de odontología y la de química, de inminente creación.⁹⁷ En resumen, se buscaba reducir la Universidad Nacional a una dimensión apropiada, y modernizarla de acuerdo con el espíritu de su tiempo.

Desafortunadamente, el proyecto no coincidía con sus posibilidades inmediatas ni con la nueva situación real. Para comenzar, los principales pedagogos carrancistas asumieron otras responsabilidades —piénsese en Palavicini y su propuesta de una nueva constitución o su dirección de un nuevo periódico, *El Universal*—; además, puesto que se pretendía evitar riesgos como los de finales de 1914, cuando se acudió a intelectuales destacados, pero independientes o contrarios políticamente, ahora se buscaron colaboradores mediocres pero disciplinados, por lo que la educación superior quedó bajo la férula de Alfonso Herrera o Fernando Lizardi.⁹⁸ Así, en lugar de hacerse autónoma, durante 1916 la Universidad Nacional se tornó crecientemente carrancista. En términos académicos su rendimiento fue mediocre: se carecía de los mejores profesores de antaño, los recursos económicos escaseaban y la situación sanitaria de la ciudad seguía siendo mala. Sin embargo, por otro lado continuó el proceso de hacer cada vez más práctica la educación superior, y comenzó a integrarse una nueva planilla de profesores con la suma de jóvenes docentes y los mejores maestros que pudieron conservar su puesto.⁹⁹

⁹⁷ AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 87; exp. 106, f. 3221. *BE*, 1914, 1: 4, pp. 27-32. *El Demócrata* (25 ene.; 8 mar., y 20 mayo 1916).

⁹⁸ Herrera, normalista campechano, había fundado la Escuela Pestalozzi en Mérida y había radicado en Puebla, donde entró en contacto con Aquiles Serdán; posteriormente fue muy cercano a Jesús Carranza. Lizardi quien, a su vez, era miembro del grupo político del rector Macías y ambos guanajuatenses.

⁹⁹ AHUNAM, *UN, R*, c. 8, exp. 116, ff. 3488-3490, 3493-3494, 3516-1519 y 3524. AHUNAM, *T*, exps. 577, 1289 y 1514. *BE*, 1914, 1:2, pp. 223; 1:4, pp. 33-34, *Boletín de la Universidad*, 1:1, pp. 34-37. *El Pueblo* (2 mar. y 17 mayo 1916).

Asimismo, se buscó que la educación superior fuera útil a la transformación socioeconómica del país, para lo cual se crearon carreras concretas, como contabilidad, veterinaria y química, vetadas antes por el proyecto universitario de Justo Sierra. Sobre todo, a diferencia de éste, que soñó con una universidad culturalista y partidario de la minoría selecta, ahora se deseaba una institución más compenetrada con los problemas socioeconómicos del país. Al margen de la mediocridad imperante, a mediano y largo plazos los cambios realizados por los carrancistas serían fundamentales.

Dado que desde 1916 el carrancismo fue menos radical que en 1914-1915, hubo cambios en lo concerniente a la vida política de la institución. Para comenzar, el gobierno ya no fue tan agresivo y sectario como durante los años anteriores; además, buscó establecer una buena relación con la comunidad universitaria, alegando que pretendía imponer un gobierno ordenado, moderno y civilizado, con un aparato burocrático que requería del concurso inmediato de los profesionistas, que iban a ser igualmente importantes en la reconstrucción socioeconómica del país.¹⁰⁰ Tal identificación de intereses dio lugar a una colaboración política. Numerosos estudiantes se organizaron para colaborar en las elecciones que llevarían a don Venustiano a la presidencia constitucional.¹⁰¹ Sobre todo, fue importante la participación de la comunidad universitaria —en especial la de Jurisprudencia, por obvias razones— en la promulgación de la Constitución de 1917: la idea de elaborar toda una nueva carta magna fue de Palavicini; Luis Manuel Rojas, jefe del Departamento de Bellas Artes, fue presidente del Congreso; también fueron constituyentes Alfonso Cravioto y José Natividad Macías, rector de la institución y cuya presencia simbolizaba la alianza con el gobierno revolucionario; es más, dicha alianza la confirmaban la participación de Alfonso Herrera, secretario universitario, y de Fernando Lizardi, director de Jurisprudencia y secre-

¹⁰⁰ *BE*, 1914, 1:4, pp. 32 y 45-48.

¹⁰¹ *El Pueblo* (4, 22 y 27 mayo; 1º, 10 y 15 jun.; 4, 14 y 16 nov. 1916, y 21 mar. y 27 abr. 1917).

tario del Congreso. La lista de los recién egresados participantes es abultada, e incluso hubo estudiantes todavía en activo como Emilio Araujo, Fidel Jiménez y Ramón Rosas. Por último, aunque no eran diputados constituyentes, algunos alumnos destacados de jurisprudencia fueron invitados por Lizardi para presenciar las sesiones: tal fue el caso de Manuel Gómez Morín y de Vicente Lombardo Toledano.¹⁰² En resumen, si la participación de los universitarios en la lucha armada había sido magna, su colaboración en la construcción del nuevo México fue, desde un principio, invaluable.

La coincidencia de los ideales e intereses de los universitarios con los de los carrancistas se manifestó también en el otro gran conflicto político de la época; la expedición punitiva. Sin embargo, más que manifestaciones exaltadas de yancofobia, los estudiantes expresaron un nacionalismo moderado, ordenado y responsable, acorde con el ritmo y tono de la postura diplomática de Carranza. En consecuencia, fueron menores las alteraciones de la vida académica cotidiana.¹⁰³ Si bien la yancofobia de los jóvenes de 1916 fue menos violenta que la de 1910-1914, en esta ocasión dicha postura se completó con un explícito latinoamericanismo, lo que dio lugar a otra coincidencia político-ideológica con el gobierno de Carranza, así como a una serie de favores y canonjías del gobierno para los estudiantes, en aras de mantener y acrecentar su alianza: fue entonces cuando algunos jóvenes mexicanos comenzaron a viajar a Sudamérica a costa del gobierno.¹⁰⁴ El origen de esa alianza, tan distinta respecto a su postura frente a Madero, radica en que los estudiantes universitarios cambiaron hacia 1915: quedaban cada vez menos testigos de los tiempos dorados de Justo Sierra, y también eran menos los vást-

¹⁰² AMGM, vol. 561, exp. 1768. Para un listado completo con una caracterización confiable de los diputados, véase ROMERO FLORES, 1986.

¹⁰³ La prueba del control gubernamental sobre las manifestaciones estudiantiles, en AGN, *G, PR*, c. 7 exp. 31. Para el impacto en las labores escolares, AHUNAM, *UN, R*, c. 7, exp. 103, f. 3093 bis y c. 8, exp. III, f. 3353 bis.

¹⁰⁴ Viajaron pocos, como empleados menores de las legaciones.

gos de las grandes familias porfiristas, pues éstas se encontraban en el exilio. Por lo tanto, resulta comprensible que simpatizaran con la facción más civilizada y moderada entre los revolucionarios. Consecuentes con los tiempos, los estudiantes se dedicaron entonces a labores organizativas: en mayo de 1916 crearon el Congreso Local Estudiantil, cuyos primeros presidentes fueron Jorge Prieto Laurens, Enrique Soto Peimbert y Miguel Torner.¹⁰⁵

Con el inicio de la vida constitucional en México, al amparo de la Constitución de 1917, desapareció la Secretaría de Instrucción Pública y la Universidad Nacional pasó a depender del Departamento Universitario y de Bellas Artes, de naturaleza menos académica y sí más político-burocrática. La conclusión obvia es que Carranza había olvidado su promesa de otorgar la autonomía a la institución, pues ahora la convertía en una simple dependencia gubernamental. A pesar de ello, el reclamo de la comunidad fue tibio. Con todo, si en 1914-1915 las ideas autonomistas provenían de algunos funcionarios carrancistas y de la élite universitaria, ahora se manifestaron al respecto jóvenes que iniciaron entonces su participación en la vida política nacional, como Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y Alberto Vázquez del Mercado.¹⁰⁶

Casi al mismo tiempo surgió el conflicto por la escisión de la preparatoria. De hecho, la lucha porque permaneciera integrada a la Universidad Nacional fue más violenta que el reclamo autonomista. Como dijera uno de estos nuevos líderes estudiantiles, podía tolerarse que por un tiempo la institución no fuera independiente, pero nunca que se le mutilara.¹⁰⁷ A pesar de la unánime defensa hecha por la comunidad, la preparatoria permaneció ajena a la Universidad Nacional, decisión que provocó el mayor

¹⁰⁵ *El Demócrata* (8 mayo 1916 y 11 abr. 1917). *Excelsior* (9 abr. 1917). *El Pueblo* (2 dic. 1916).

¹⁰⁶ *El Demócrata* (26 jul. 1917). *Excelsior* (17 y 25 jul. 1917). *El Universal* (8 y 30 sep. 1917).

¹⁰⁷ El argumento fue de Lombardo Toledano. Véase *Boletín Universitario*, t.1, pp. 249 y 264.

enfrentamiento del presidente Carranza con la comunidad universitaria. Incapaces de lograr la devolución de la entrañable escuela, numerosos universitarios procedieron a instaurar una preparatoria “libre”, con sede en Altos Estudios. Si los miembros del grupo de “los siete sabios” habían comenzado ya su vida política, ahora tuvieron oportunidad de iniciar su vida docente.¹⁰⁸ Cualquiera que fuera el prestigio posterior de este grupo de universitarios, es indudable que durante esos años la institución estuvo lejos de tener el brillo que le había vaticinado Justo Sierra.

La evolución de la Universidad Nacional entre 1917 y la primera mitad de 1920 puede considerarse como un proceso de cambio hacia un tipo más moderno de educación superior. Además, no obstante las serias limitaciones financieras, puede asegurarse que a partir de 1918 tuvo un buen desempeño, con una mejoría modesta, pero constante. Se gozó de estabilidad político-administrativa en el sector, y la institución no sufrió nuevas amenazas. El rector siguió siendo José Natividad Macías, quien era un hombre tranquilo y moderado, con buena experiencia político-administrativa.¹⁰⁹ Los directores de las escuelas fueron universitarios de regular prestigio, pero crecientemente dedicados sólo a sus escuelas. La mejoría académica también se debió a cambios en los programas —sobre todo en Medicina e Ingeniería— y en los procedimientos de enseñanza y evaluación, así como a la implantación de una mejor disciplina y a la recuperación de algunos de los principales profesores de antaño, como Ezequiel Chávez, y Antonio Rivas Mercado.¹¹⁰ El regreso de éstos y otros profesores porfiristas no implicaba la restauración del proyecto universitario sierrista. El carrancista era minoría selecta, adjudicaba a la institución compromisos socioeconómicos y tenía como objetivo fundamental la preparación profesional de la nueva clase

¹⁰⁸ AGN, G, PR, c. 264, exp. 74, *Excelsior* (17 y 19 ene. y 29 abr. 1918). *El Universal* (19 abr. 1918).

¹⁰⁹ AGN, G, PR, c. 42, exp. 2 y c. 107, exp. 73. AHUNAM, T, exp. 1578.

¹¹⁰ AHUNAM, UN, R, c. 7, exp. 100, f. 2810 y c. 9, exp. 125, f. 3744. AHUNAM, T, exp. 341. AGN, IP y BA, c. 296, exp. 27, f. 1. *Boletín Universitario*, II:1, p. 263. *Excelsior* (2 feb. 1920).

social que había tomado el poder nacional. Además, signo de los tiempos, la Universidad Nacional tendió a establecer más vínculos con las instituciones de educación superior estadounidenses, a diferencia de Sierra, más proclive a lo europeo.¹¹¹

No cabe la menor duda de que la aceptable marcha de la Universidad Nacional durante esos años se debió a la inexistencia de movimientos estudiantiles opositoristas. En primer lugar, los jóvenes de entonces se concentraron en labores de organización gremial, cuyo principal objetivo era la creación de la Confederación de Estudiantes Mexicanos, de alcance nacional. Asimismo, las actividades políticas más importantes estaban encaminadas a lograr el control del Congreso Local Estudiantil, sobre todo cuando el grupo fundador de Jorge Prieto Laurens y Miguel Torner fue desplazado, a finales de 1917, por un nuevo tipo de estudiantes. En efecto, entonces asumieron el liderazgo jóvenes con intereses más académicos e institucionales: mientras que el grupo de Prieto Laurens estaba esencialmente interesado en la política nacional, como lo prueba su participación en el Partido Cooperatista y en el Consejo Municipal de la ciudad de México, el nuevo grupo —en el que destacaban Miguel Palacios Macedo, Teófilo Olea, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols— estaba dedicado a labores intelectuales, universitarias, pues de la construcción de instalaciones se pasó a la organización de conferencias y a la realización de una campaña por el mejoramiento de la educación pública. Otro asunto que los distinguió fue la obsesión de los primeros por viajar a Sudamérica a costa del gobierno, para establecer vínculos con sus congéneres sudamericanos.¹¹²

¹¹¹ El rector Macías hizo un viaje a las universidades de Texas, Arizona y Berkeley durante 1919.

¹¹² AMGM, vol. 562, exp. 1770. *Excelsior* (21 y 26 nov.; 2 dic. 1917; 24 feb., y 8 jul. 1918). *El Universal* (6 oct. 1917; 4 mar. 1918, y 10 mar. 1919). El mejor estudio sobre las actividades juveniles de Gómez Morín y Lombardo es el de Enrique Krauze. KRAUZE, 1976. El mejor testimonio es el de CALDERÓN VEGA, 1961.

De cualquier manera, ambos grupos fueron progubernamentales: compartieron su nacionalismo con Carranza, su civilismo y su moderación en política social, y ninguno puede ser acusado de enemigo del proceso revolucionario.

El motivo de su nueva postura política puede explicarse por la inminencia de un crecimiento económico y de un progreso social que demandaría las labores profesionales de los jóvenes de clase media. Asimismo, se explica por la disponibilidad laboral del aparato gubernamental: Madero no desmanteló al sistema porfirista, lo que le impidió ofrecer numerosos puestos a los jóvenes y a sus profesores. Huerta, en cambio, ante el envejecimiento y exilio de los porfiristas, y por su repudio a cualquier elemento revolucionario, tuvo que gobernar con un nuevo aparato, reclutado de la comunidad universitaria, lo que explica su alianza con ella. Lo mismo puede decirse del carrancismo, pues una vez desmantelado el aparato gubernamental del antiguo régimen, tuvo que construir uno, enteramente nuevo a partir de una alianza entre jóvenes y revolucionarios. Si el cambio se había dado a partir de 1916, otra transformación importante estaba próxima a sobrevenir hacia 1920.

EPÍLOGO

De los muchos cambios que trajeron a la Universidad Nacional, las convulsiones políticas del decenio, el más importante fue el provocado con el derrocamiento de Carranza por la revuelta aguaprietista, a mediados de 1920. Por ella llegaron los sonorenses al poder y José Vasconcelos a la rectoría y, un año después, a la Secretaría de Educación Pública creada por él. Como rector se dedicó a integrar dentro del proceso revolucionario a la comunidad universitaria y a la institución en su conjunto, desde sus instalaciones hasta su filosofía pedagógica. Fueron de tal magnitud los cambios impulsados por Vasconcelos, que la naturaleza de la institución creada en 1910 se modificó íntima y esencialmente en 1920. Primero, impregnó a los universitarios de espíritu comunitario y de un inédito afán de colabo-

ración revolucionaria. Asimismo, logró que la Universidad Nacional se volviera más académica, pero haciéndola, paradójicamente, más abierta y popular. Además de atender los urgentes reclamos del pueblo analfabeto, Vasconcelos procedió a ofrecer un amplio programa cultural. Si se comparan los proyectos universitarios de Sierra y Vasconcelos, por más que puedan encontrarse similitudes y continuidades, como otorgar un lugar central a la Preparatoria, resulta obvio que la Universidad Nacional sobrevivió al proceso revolucionario a cambio de sufrir profundas transformaciones, que fueron encabezadas, radicalizadas o concluidas por Vasconcelos. A pesar de la brevedad de su rectorado, su influencia fue definitiva, al grado de poderse afirmar que la institución fundada en 1910 fue abierta, nuevamente, en 1920. Por lo tanto, en realidad sus fundadores fueron dos, Sierra y Vasconcelos. Si ambos pueden ser vistos como los principales educadores de nuestras historias moderna y contemporánea, y si ambos tuvieron una coherente y rica visión de la historia nacional, lo mismo puede decirse de don Edmundo O'Gorman; de los tres puede decirse que fueron auténticos civilizadores.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- AECH, *U* Archivo Ezequiel Chávez, ramo *Universidad*, México.
 AGN, *G, PR* Archivo General de la Nación, Fondo *Gobernación*, ramo *Periodo Revolucionario*, México.
 AGN, *IP y BA* Archivo General de la Nación, Fondo *Instrucción Pública y Bellas Artes*, México.
 AHUNAM, *A* Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Alumnos*. México.
 AHUNAM, *T* Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Trabajadores*. México.
 AHUNAM, *UN, R* Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Universidad Nacional*, ramo *Rectoría*. México.
 AMGM Archivo Manuel Gómez Morín. México.
 BE *Boletín de Educación*. México: Ministerio de Educación Pública y Bellas Artes.
 BIP *Boletín de Instrucción Pública*. México: Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.
 RDS Records of the Department of State.

ALVARADO, Lourdes

- 1988 "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, xi, pp. 183-199.

BAZANT, Milada

- 1993 *Historia de la educación durante el porfiriato*. México: El Colegio de México.

CALDERÓN VEGA, Luis

- 1961 *Los siete sabios de México*. México: Jus.

CARDIEL REYES, Raúl

- 1986 *Retorno a Caso*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

CHÁVEZ, Leticia

- 1964 *Recordando a mi padre*. México: Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, 10 vols.

DÍAZ ZERMEÑO, Héctor

- 1986 "Introducción" a Manuel Flores: *Tratado elemental de pedagogía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Diccionario

- 1990 *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, vol. 1.

DOCOING, Patricia

- 1990-1991 *La pedagogía en la Universidad de México, 1881-1954*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols.

DUMAS, Claude

- 1986 *Justo Sierra y el México de su tiempo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GARCÍA, Genaro

- 1911 *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*. México: Museo Nacional.

GARCÍA NARANJO, Nemesio

- 1946-1948 *Memorias*. Monterrey: Talleres de El Porvenir, 10 vols.

GARCÍA VERÁSTEGUI, Lía

- 1984 *Del provecho nacional para una universidad en México. 1867-1910*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GARCADIIEGO, Javier

- 1993 “Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho”, en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, 17, pp. 119-120.
- 1996 *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. México: El Colegio de México.

GÓMEZ, Marte R.

- 1961 *Las comisiones agrarias del Sur*. México: Librería de Manuel Porrúa J.
- 1966 *La reforma agraria en las filas villistas*. México: Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana.

GRACIA GARCÍA, Guadalupe

- 1982 *El servicio médico durante la Revolución Mexicana*. México: Editores Mexicanos Unidos.

HALE, Charles

- 1991 *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Vuelta.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan

- 1967 “Sobre la fundación de la Universidad Nacional. Antonio Caso vs. Agustín Aragón”, en *Historia Mexicana*, xvi:3(63) (ene.-mar.), pp. 368-381.
- 1981 *Ezequiel Chávez, impulsor de la educación mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan (comp.)

- 1948 *La universidad de Justo Sierra*. México: Secretaría de Educación Pública.

HUERTA JARAMILLO, Ana María Dolores

- 1992 *Los estudiantes poblanos en 1910*. Puebla: Gobierno del Estado.

INNES, John S.

- 1973 “The Universidad Popular Mexicana”, en *The Americas*, 30 (jul.), pp. 110-122.

KRAUZE, Enrique

- 1976 *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

LEÓN, Luis L.

- 1987 *Crónica del poder. En los recuerdos de un político en el México revolucionario*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARIA Y CAMPOS, Alfonso de

- 1975 *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

MEDINA NERI, Héctor

- 1979 *Gustavo Baz. Guerrillero de Emiliano Zapata*. México: s.e.

MEYER, Eugenia

- 1974 *Estudio introductorio a Obras completas de Luis Cabrera*. México: Ediciones Oasis, 4 vols.

O'GORMAN, Edmundo

- 1948 *Historia de la Antigüedad* (t. x de las *Obras Completas*). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1958 *La invención de América; el universalismo de la cultura de Occidente*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1960 *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- 1960-1961 *México, cincuenta años de revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1977 *México, el trauma de su historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1986 *Homenaje al fundador de la Universidad Nacional de México, don Justo Sierra, septiembre 13 de 1985*. México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

ORTEGA, José Juan

- 1955 *Odisea estudiantil universitaria*. México: s.e.

PALAVICINI, Félix Fulgencio

- 1937 *Mi vida revolucionaria*. México Botas.

PANI, Alberto J.

- 1936 *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933)*. México: Cultura.

Los presidentes

- 1985 *Los presidentes de México ante la Nación. 1821-1984, informes manifiestos y documentos*. México: LII Legislatura de la Cámara de Diputados, 6 vols.

PRIETO LAURENS, Jorge

- 1968 *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas.* México: s.e.

RAMÍREZ GARRIDO, J. D.

- 1943 *Así fue...* México: Imprenta Nigromante.

REYES, Alfonso y Pedro HENRÍQUEZ UREÑA

- 1986 *Correspondencia; 1907-1914. Ureña.* México: Fondo de Cultura Económica.

ROMERO FLORES, Jesús

- 1986 *Historia del Congreso Constituyente, 1916-1917.* Mexico: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

RUIZ GAYTÁN, Beatriz

- 1954 *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía.* México: Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.

SIERRA, Justo

- 1948a *Historia de la Antigüedad*, en *Obras Completas*, t. x. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1948b *Evolución política del pueblo mexicano*, en *Obras Completas*, t. xii. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

URIÓSTEGUI MIRANDA, Píndaro

- 1970 *Testimonios del proceso revolucionario mexicano.* México: Talleres de Argrin.

VASCONCELOS, José

- 1948 *La Tormenta; segunda parte de Ulises Criollo.* México: Botas.

VELÁZQUEZ, María de Lourdes

- 1994 "La propuesta estudiantil de reforma en 1910", en *Tradición y reforma en la Universidad de México.* México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 203-236.

VILLEGAS, Gloria

- 1984 "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en *Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

YANKELEVICH, Pablo

- 1992 “Ellos y nosotros: escenografía antimaderista y fervor latinoamericano en una conferencia de Ugarte en México”, en *Eslabones*, 4 (jul.-dic.), pp. 41-49.

ZEA, Leopoldo

- 1968 *El positivismo en México*. México: Fondo de Cultura Económica.

